



ESENCIAS NOVOHISPANAS HOY

NARRATIVA MEXICANA CONTEMPORÁNEA
Y RECONSTRUCCIÓN LITERARIA DE LA NUEVA ESPAÑA

José Carlos Rovira, Alberto Ortiz y Carlos Fregoso
coordinadores

La cultura novohispana representa un acontecimiento vital que reconocemos día a día en nuestro pensamiento, nuestras creencias y nuestras costumbres. Ese libro busca rastrear y analizar los elementos de esa cultura en la producción literaria mexicana contemporánea hasta desentrañar el funcionamiento que dinamiza los textos que versan de la época colonial con el fin de fortalecer las identidades; es una muestra de buena voluntad colectiva, emitida desde el diálogo especializado, el acuerdo verídico y la discusión entusiasta, para colaborar en la revisión de nuestra historia común, el pasado reminiscente y la realidad actual, porque, al hacerlo y difundirlo, permanece la intención primaria de nuestra lectura del mundo.

En el diálogo que compone esta edición participan investigadores de distintas universidades: de Alicante, Oviedo, Elche, Valencia, Guadalajara y, por supuesto, la Autónoma de Zacatecas.



Esencias novohispanas hoy

Narrativa mexicana contemporánea
y reconstrucción literaria de la Nueva España

JOSÉ CARLOS ROVIRA, ALBERTO ORTIZ y CARLOS FREGOSO
coordinadores

*Esencias novohispanas hoy. Narrativa mexicana contemporánea
y reconstrucción literaria de la Nueva España*
Primera edición, Texere Editores, Zacatecas, 2015

© Contenido

JOSÉ CARLOS ROVIRA

ALBERTO ORTIZ

CARLOS FREGOSO

© Características gráficas

TEXERE EDITORES

© Esta edición

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

«FRANCISCO GARCÍA SALINAS»

Responsables de la edición

JUDITH NAVARRO SALAZAR

MAGDALENA OKHUYSEN CASAL

Diseño de forros

MÓNICA PAULINA BORREGO LOMAS

Formación de interiores

ADRIANA MONTSERRAT ORTIZ HERNÁNDEZ

Comunicación y lectura

MARTHA ALEJANDRA RAMÍREZ ALVA

Vinculación

MIGUEL ÁNGEL VIRGILIO AGUILAR DORADO

Tiraje: 300 ejemplares

ISBN: 978 607 8028 85 6

Esta publicación fue financiada con recurso PIFI 2013 asignado a la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas».

Imagen primera de forros: ©pcalpre / Dollar Photo Club

Imagen cuarta de forros©Josef Binstener / Dollar Photo Club

Índice

Prólogo

JOSÉ CARLOS ROVIRA, ALBERTO ORTIZ Y CARLOS FREGOSO

—9—

La conquista de México entre la teatralidad y la narratividad:

Jubileo en el Zócalo, de Ramón J. Sender

BEATRIZ ARACIL VARÓN (Universidad de Alicante)

—13—

Juego e Historia: la fundación de la Nueva España

en *Muerte súbita*, de Álvaro Enrígue

VIRGINIA GIL AMATE (Universidad de Oviedo)

—33—

Evocaciones de la memoria nativa en *Cielos de la tierra*, de Carmen

Boullosa: auge y caída de Santa Cruz de Tlatelolco

MÓNICA RUIZ BAÑULS (Universidad Miguel Hernández, Elche)

—51—

La decisión del capitán o cómo la paz de unos no es la de otros

FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ ALFONSO (Universitat de València)

—67—

La reconstrucción de la sociedad colonial en *La Hija del Bandido* o

Los Subterráneos del Nevado, de Refugio Barragán de Toscano

MARÍA GUADALUPE SÁNCHEZ ROBLES (Universidad de Guadalajara)

—81—

Construcción del espacio colonial

en la literatura mexicana del siglo XIX

JOSEFINA MORENO (Universidad de Guadalajara)

—95—

Inquisición maligna. Variantes de la narrativa mexicana contemporánea
con tema novohispano acerca del estereotipo o «leyenda negra»

ALBERTO ORTIZ (Universidad Autónoma de Zacatecas)

—105—

- Las pesquisas periodísticas de la Inquisición:
El caballero de los milagros y la historia novelada
VÍCTOR MANUEL SANCHIS AMAT (Universidad de Alicante)
—123—
- Auto de fe: Inquisición y sociedad en la narrativa novohispana
JOSÉ CARLOS ROVIRA (Universidad de Alicante)
—135—
- La mitificación de don Guillén de Lampart
MARÍA ISABEL TERÁN ELIZONDO y CARMEN FERNÁNDEZ GALÁN
(Universidad Autónoma de Zacatecas)
—153—
- México en la geografía quijotesca del siglo XVII:
miradas y polémicas contemporáneas
EVA VALERO JUAN (Universidad de Alicante)
—209—
- La historia y la sociedad colonial mexicanas como pretexto
de la experimentación narrativa en *Retablo de inmoderaciones*
y *heresiarcas*, de Gustavo Sainz
CECILIA EUDAVE (Universidad de Guadalajara)
y CARMEN ALEMANY BAY (Universidad de Alicante)
—225—
- Retrato social de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*
CLARA CISNEROS (Universidad de Guadalajara)
—259—
- La imagen de Agustín de Iturbide en *Charlas de café...*
VÍCTOR MANUEL CHÁVEZ RÍOS (Universidad Autónoma de Zacatecas)
—277—
- Regresar a la Nueva España en Zacatecas.
Espacio y narración en *Desiertos intactos*, de Severino Salazar
ELSA LETICIA GARCÍA ARGÜELLES
(Universidad Autónoma de Zacatecas)
—291—
- En el nombre de Dios* y viva la violencia, la discriminación
y la persecución... hasta nuestros días: un texto de Sabina Berman
ALFREDO CERDA MUÑOS (Universidad de Guadalajara)
—313—

Prólogo

La cultura novohispana representa un acontecimiento vital que reconocemos día a día en nuestro pensamiento, nuestras creencias y nuestras costumbres. Los docentes universitarios que pertenecemos a la Red Internacional de Investigación «La Reconstrucción de la Nueva España desde la Narrativa Mexicana Contemporánea» estamos convencidos de la vigencia e importancia que tienen los estudios humanísticos, especialmente los literarios, para reconocer y fortalecer las identidades, de modo que, enfocados en un objetivo común, hemos discutido y analizado aspectos nodales de la producción literaria contemporánea hasta desentrañar el funcionamiento que dinamiza los textos que versan de la época colonial. Los resultados de nuestras indagaciones individuales y colectivas están a disposición del público interesado en este y en los dos volúmenes anteriores que completan el esquema de trabajo.*

Todo esfuerzo intelectual necesita de condiciones propicias para su desarrollo; en este caso, el apoyo de las áreas promotoras del acuerdo académico incluyen a la Subsecretaría de Educación Superior de la Secretaría de Educación Pública, en México, a las universidades participantes: de Alicante, en España, de Guadalajara y Autónoma de Zacatecas, en México, y a los cuerpos académicos involucrados y, además, al sistema federal PROMEP, subsidiario de nuestro proyecto para establecer redes internacionales de colaboración académica entre grupos de investigación a través de los recursos obtenidos por concurso en marzo de 2012, y renovados en marzo de 2013.

El presente volumen continúa las conclusiones del proyecto conjunto y presenta robustas posibilidades de estudio, comprensión, interpretación y análisis acerca del trasvase que la narrativa

*Ver C. Eudave, A. Ortiz y J. C. Rovira (eds.): *Mujeres novohispanas en la narrativa mexicana contemporánea* y *Personajes históricos y controversias en la narrativa mexicana contemporánea*.

Referencias

- ALMAZÁN, José Pascual: *Un hereje y un musulmán*, México, Planeta–Agostini/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004.
- _____: *Estifelio: leyenda sajona*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- BLANCO, Guillermo: *Camisa limpia*, Santiago de Chile, LOM, 2008.
- CÁRDENAS, Enma: *Mi vasallo más fiel. Pasiones y pecados de un inquisidor en la Nueva España*, México, Planeta, 2002.
- DARNTON, Robert: «Un borghese riordina il suo mondo: la città come testo» en *Il grande massacro dei Gatti e altri episodi della storia culturale francese*, Roma, Adelphi, 1986.
- DELIBES, Miguel: *El hereje*, Barcelona, Destino, 1998.
- DIDI–Huberman, Georges: *Lo que vemos, lo que nos mira*, Buenos Aires, Manantial, 2004.
- KAGAN, Richard L.: *Imágenes urbanas del mundo hispánico 1493–1780*, Madrid, Iberdrola, 1998.
- MARTÍNEZ Ripoll, Antonio: «Control inquisitorial y figuración artística: Villafranca mejorado por Murillo» en *Cuadernos de arte e iconografía*, vol. II, n. 4, 1989.
- MEDINA, José Toribio: *Historia del tribunal del santo oficio de la Inquisición en México* (ampliada por Julio Jiménez Rueda), México, Fuente Cultural, 1952.
- MONTESINOS, Fernando de: *Auto de la fe celebrado en Lima a 23 de enero de 1639*, Madrid, Imprenta del Reyno, 1640.
- OLMO, José Vicente del: *Relación histórica del auto general de fe que se celebró en Madrid este año de 1680 con asistencia del Rey N. S. Carlos II, y de las magestades de la Reyna N. S., y la augustísima Reyna Madre, siendo inquisidor general el excelentísimo señor D. Diego Sarmiento de Valladares... va inserta la estampa de toda la perspectiva del teatro, plaza y balcones*, Madrid, Imprenta Roque Rico de Miranda, 1680.
- RIVA PALACIO, Vicente: *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México*, México, Porrúa, 1946.
- SANTA CRUZ Aldana, Ignacio de: *Solemne festividad y sacra pompa que celebró el muy ilustre y venerable Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de esta Nueva España, sábado 17 de septiembre de 1667, a su esclarecido mártir Beato Pedro Arbués, inquisidor apostólico primero del Reino de Aragón, en su beatificación*, México, Imprenta de Juan Ruiz, 1699.
- SCHOLZ–HÄNSEL, Michael: «Arte e Inquisición: Pedro Arbués y el poder de las imágenes» en *Anuario del departamento de Historia y teoría del Arte*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1994.
- TORO, Alfonso: *La familia Carvajal*, México, Patria, 1944.

La mitificación de don Guillén de Lampart

MARÍA ISABEL TERÁN ELIZONDO
Y MARÍA DEL CARMEN FERNÁNDEZ GALÁN MONTEMAYOR
(Universidad Autónoma de Zacatecas)

Ha sido pues el destino de Guillén de Lampart ir añadiendo, aun siglos después de muerto, más ficciones azarosas a su perfil de «impostor» trágico.

JOSÉ JOAQUÍN BLANCO¹

Introducción

Sin duda, junto con sor Juana Inés de la Cruz, uno de los personajes más controversiales de la Nueva España es don Guillén de Lampart;² su origen irlandés, su vasta erudición, lo novelesco de su vida —según la contaba él mismo—, su megalomanía, sus opiniones sobre la ilegitimidad de los derechos de España sobre sus territorios ultramarinos —que lo llevaron a ser denunciado ante la Inquisición novohispana—, sus críticas contra esta institución, y el hecho de que, después de diecisiete años de prisión, interrumpidos por una espectacular fuga, fuera relajado al brazo secular y ejecutado en la hoguera, ha hecho correr mucha tinta a novelistas e historiadores que han tratado de proponer diversas hipótesis sobre quién era «realmente», qué lo trajo a la Nueva España y cuáles eran sus «verdaderas» intenciones.

El propósito de este ensayo es mostrar cómo unos y otros han sido seducidos por los misterios y las contradicciones que envuelven a don Guillén y, por lo tanto, han caído en la tentación de sesgar la información aportada por las fuentes históricas y de reconstruir los hechos mediante la imaginación, convirtiendo al ser histórico en un personaje literario e incluso mítico que casi siempre responde a las expectativas de cada autor, de su público o de su época, ya sean literarias, ideológicas, nacionalistas o políticas. Para ello hacemos

un recorrido cronológico por algunas de las obras más importantes³ que le han dedicado alguna reflexión, en un intento por conformar un esbozo del «estado de la cuestión» de lo que consideramos ese proceso de mitificación del personaje.⁴

Las fuentes históricas y los hechos

La información de primera mano sobre don Guillén en México y en España está contenida en un escaso aunque voluminoso número de fuentes. La principal, los documentos del proceso que la Inquisición novohispana le siguió entre el 26 de octubre 1642 (en que fue denunciado y aprehendido) y el 19 de noviembre de 1659 (cuando fue ejecutado en un auto de fe). Estos papeles se encuentran en los volúmenes 1496 y 1497 del fondo Inquisición del Archivo General de la Nación de México (AGN),⁵ los cuales, durante muchos años, formaron parte del Fondo especial «Riva Palacio»⁶ debido a que estuvieron en poder de este autor mientras elaboró sus obras históricas y sus novelas con tema colonial.⁷ A lo anterior hay que agregar los expedientes que se encuentran en España en el Fondo Inquisición del Archivo Histórico Nacional de Madrid y en el Archivo de Indias en Sevilla.⁸ Otro legajo, originalmente parte del proceso novohispano —los papeles autógrafos contenidos en un baúl de Michoacán que le fue incautado a don Guillén al ser apresado— se encuentra hoy en el Fondo Conway de la Biblioteca Cervantina del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM).⁹ Respecto de la fortuna de este último legajo, en *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio menciona algunos de los papeles que se le incautaron a don Guillén,¹⁰ pero es difícil concluir si sabía de ellos porque aun formaban parte del expediente o solo porque se mencionaban en el inventario de las pertenencias del reo. Lo que sí es seguro es que para 1908 ya habían desaparecido, pues Luis González Obregón los echa de menos:

En la causa original formada a D. Guillén que consta de dos gruesos tomos, [...] y que hemos registrado con toda escrupulosidad, no se hallan los papeles autógrafos recogidos esa noche en la «casa de los

Condes», sino sólo copia de algunos que se insertan en el inventario minucioso que se mandó formar por sus señorías los inquisidores. Quizá se encuadernaron en dos o más volúmenes anexos al proceso, que se han perdido o se encuentran ocultos entre los numerosos manuscritos de nuestro Archivo Nacional.¹¹

No sería sino hasta cuarenta años después que Gabriel Méndez Plancarte diera noticia de unos «Papeles de don Guillén» en su edición del *Regio salterio*,¹² afirmando que estaban en poder del bibliófilo inglés «Mr. G.R.G. Conway».¹³ Buena parte de los documentos ya han sido dados a conocer porque diferentes autores los resumen, parafrasean o transcriben: Vicente Riva Palacio en *México a través de los siglos*¹⁴ y en *Memorias de un impostor*,¹⁵ Luis González Obregón en *Don Guillén de Lampart, la inquisición y la independencia en el siglo XVII* (1908),¹⁶ y José Toribio Medina en su *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México*.¹⁷ Gabriel Méndez Plancarte edita y traduce algunos salmos del *Regio Salterio* y otros poemas,¹⁸ y nuevos investigadores han continuado su labor.¹⁹ En la Biblioteca Digital Mexicana de Conaculta (<http://bdmx.mx>) se pueden consultar, digitalizadas y transcritos, varios de los documentos del Fondo Conway y de otra procedencia,²⁰ y Andrea Martínez reproduce algunos en el apéndice de su libro *Don Guillén de Lampart, hijo de sus hazañas*.²¹

Además de los documentos de primera mano, los interesados en don Guillén han recurrido a fuentes secundarias. Por ejemplo, la reconstrucción de los pasajes de su llegada a la Nueva España proceden de una relación de Gutiérrez de Medina,²² la del desastrado gobierno del Marqués de Villena y de la conjura para destituirlo del cargo, de una relación publicada por Carlos María de Bustamante en 1831 en la *Voz de la patria*;²³ la información sobre la fuga del reo, su reaprehensión y el auto de fe donde murió están tomadas del *Diario de Guijo*²⁴ y la relación de Rodrigo Ruiz de Cepeda;²⁵ y la información sobre los castigos a los inquisidores corruptos involucrados en el proceso de don Guillén proceden de los documentos transcritos por José Toribio Medina.²⁶

Por otro lado, todos los que hablan de don Guillén coinciden en lo que podríamos considerar los hechos principales: llegó a la Nueva España en 1640 en la misma flota en que viajaban el nuevo virrey, Diego López Pacheco, duque de Escalona y Marqués de Villena, y don Juan de Palafox y Mendoza, aunque no es claro si formaba parte de los sirvientes del virrey o venía por cuenta propia, ni cuál fue el motivo que lo trajo acá. Vivió pobremente en la ciudad de México y se empleó como preceptor de latín de los hijos del escribano mayor del cabildo, don Fernando Carrillo, viviendo a su costa y en su casa.

Por las declaraciones de los testigos, se sabe que presumía de ser pariente o amigo cercano del rey de España y del conde duque de Olivares, a quienes atribuía su venida a México con una encomienda secreta; que expresaba abiertamente su opinión sobre que la Corona española no tenía derechos sobre sus territorios ultramarinos y sobre sus deseos de ser virrey, para lo cual tenía trazado un plan que incluía la falsificación de documentos, sellos y firmas, una conjura secreta y una innovadora propuesta de libertad e igualdad para todos los grupos sociales, y de reorganización del gobierno, la administración y el comercio, y que para saber si sus deseos se harían realidad consultaba a videntes y astrólogos.

Al parecer, quienes lo conocieron lo consideraban un poco loco, pero por alguna razón desconocida, uno de ellos, Felipe Méndez, consideró que era peligroso y lo denunció por superstición, sedición y herejía a la Inquisición. Estuvo en prisión diecisiete años, interrumpidos por una breve fuga en diciembre de 1650. Durante el único día que estuvo libre le hizo llegar al virrey una carta denunciando la injusticia y corrupción de los inquisidores y fijó libelos en lugares públicos con las mismas quejas. El hecho de que su escape evidenciara fallas en el sistema inquisitorial, de que durante su prisión se le fueron acumulando acusaciones sobre sus dichos y comportamiento, pero, sobre todo, su actitud crítica contra la Inquisición y sus funcionarios, quienes, por cierto, por razones poco esclarecidas, se negaron a acatar las órdenes del rey de enviar al preso y su proceso a España, acabaron por determinar su suerte.

Todos los autores consultados coinciden en que las circunstancias personales de don Guillén se gestaron en un complejo contexto histórico internacional que contribuyó a complicar su causa: el fracaso de las revueltas separatistas de Irlanda que motivaron el éxodo de irlandeses a territorios españoles, y la independencia de Portugal de la Corona española en 1640, con la consecuente persecución de los portugueses y de quienes los favorecían, la cual, en la Nueva España, llegó a actos extremos como la maniobra secreta encabezada por Palafox mediante la cual el virrey Diego López de Pacheco, grande de España pero pariente del nuevo rey de Portugal, fue destituido por sospecha de traición en 1642; y la aprehensión de los portugueses novohispanos, muchos de los cuales fueron parte del llamado «gran auto de fe» de 1649, por lo que fueron compañeros de prisión de don Guillén. Además, los problemas domésticos también eran complicados: las impopulares políticas implementadas por el virrey antes de su destitución, su discordia con Palafox, sus disputas con el clero regular por la secularización de curatos y doctrinas, y su enfrentamiento con los jesuitas; las intrigas palaciegas, la corrupción generalizada, la relajación de las costumbres, etcétera.

En lo que los autores discrepan es sobre la vida de don Guillén antes de su llegada a la Nueva España e incluso durante los poco más de dos años que vivió en México antes de ser apresado, pues la fuente de esta información es el propio reo. De sus declaraciones, acciones y escritos se deducen algunas cosas evidentes: que tenía una audacia poco común, que poseía una inteligencia clara y una prodigiosa memoria, que había recibido una esmerada educación, pues se expresaba correctamente, sabía varios idiomas, tenía conocimientos de matemáticas, astronomía, filosofía, ambos derechos y estrategias militares, entre otros; y que tenía dotes literarias y una amplia cultura fruto de los viajes y de la lectura de la Biblia, los autores grecolatinos y los padres de la Iglesia. El resto (sus ascendientes, sus estudios, sus amistades y protectores, sus logros políticos y militares, sus cargos, su posición económica, sus producciones literarias, su participación en complots internacionales, sus relaciones

amorosas...) se pierde en el terreno de la especulación, pues muchas de las cosas que Lampart decía las contradecía su realidad, pese a que él expusiera nuevos argumentos para justificar esas contradicciones, aunque en años recientes algunos autores han considerado sus declaraciones verdaderas y han rastreado diversas fuentes para corroborarlas históricamente.²⁷

A nuestro juicio, quien mejor plantea el reto histórico que representa don Guillén es Gabriel Méndez Plancarte, pues para él la cuestión radica en precisar quién era y qué era lo que quería, deslindando lo histórico de lo ficticio:

¿Quién era, en realidad Don Guillén de Lámpart? ¿Un simple aventurero vulgar y mentiroso —como se ha dicho— que pretendía dar un golpe de estado y apoderarse del gobierno de la Nueva España; o un genial «iluminado» que sinceramente sentíase llamado por Dios para una gran misión libertadora, no meramente temporal, sino también espiritual? Y, ¿hasta qué punto estaba don Guillén en el pleno uso de sus facultades mentales [...]?²⁸

Las lagunas, imprecisiones, subjetividad, inconsistencia y contradicciones de la información existente, han planteado, hasta ahora, más preguntas de las que se han podido responder, pues limitan la interpretación objetiva favoreciendo que historiadores y novelistas sigan especulando sobre la misteriosa vida de don Guillén: ¿cuerto o loco?, ¿farsante o héroe?, ¿megalómano u hombre de buena fe?, ¿sincero o mitómano?, ¿egoísta o desinteresado?, ¿hereje u ortodoxo?, ¿héroe?, ¿espía?, ¿pícaro?, ¿impostor? Y, hasta ahora, cada uno ha forjado a este personaje a la medida de sus deseos.

Primera parte: el impostor

Un caudillo romántico (Vicente Riva Palacio, 1872)

En *México a través de los siglos*, Vicente Riva Palacio, en su papel de historiador, pretende ser objetivo, sin embargo, su discurso está condicionado por su época, su postura política, su interés de exaltar los valores del México independiente y por el juicio que ya se había

formado sobre don Guillén cuando algunos años antes escribió la novela *Memorias de un impostor*, por lo cual no podía ser imparcial.²⁹ Por ejemplo, juzgando el pasado con los parámetros de su presente, da por sentado que en el siglo xvii había un deseo generalizado de libertar estas tierras, como si los diferentes grupos sociales tuvieran los mismos intereses y compartieran una meta común, circunstancia que no se dio ni siquiera en 1810; pero aceptada esta idea, le parece, por tanto, que «las denuncias de conspiraciones» eran algo usual; y las circunstancias de la Nueva España le parecen tan terribles que le permiten comprender cómo un proyecto tan descabellado como el de Lampart podría haber tenido éxito, pues su democrática propuesta —a diferencia, aclara, del «carácter aristocrático» que tuvo la de los hijos de Cortés— podía haberse ganado el apoyo de «los indios, los negros, los mestizos y los mulatos», pues les ofrecía libertad e igualdad.³⁰

Sin embargo, su caracterización de don Guillén es ambigua: por un lado, lo describe como un idealista y altruista; olvidándose, por ejemplo, de que, a cambio de procurar la libertad de la Nueva España, exigía su trono; y por otro, como un oportunista que quiso aprovecharse de las circunstancias políticas externas e internas, e imitar la conjura que le había resultado a Palafox para destituir al virrey, así como también como un hombre que necesitaba del reconocimiento y la admiración, por lo que gustaba «aparecer a los ojos del vulgo como un hombre verdaderamente notable» y, por lo mismo, como un imprudente que se arriesgó de más.³¹

Por su parte, *Memorias de un impostor*³² fue escrita con dos propósitos claros: proponer a Lampart como un precursor de la Independencia y exaltar los logros del México independiente a través de la crítica a la sociedad colonial, su gobierno y sus instituciones, especialmente la Inquisición, tema recurrente en las obras de Riva Palacio, debido a que, en su opinión, de ella no podía esperarse más que crueldad, injusticia, ignorancia y corrupción;³³ es decir, instaura y difunde la leyenda negra sobre esta institución que sigue existiendo hasta hoy. Estos objetivos se plantean en el prólogo mediante una estrategia literaria: cuenta que de niño se enteró de que, antes que Hidalgo, hubo un irlandés que intentó independizar

a la Nueva España, pero sus planes fueron descubiertos y murió «a manos de la justicia»; más tarde el destino lo llevó a encontrar el expediente de don Guillén ofreciéndosele la oportunidad de rescatarlo del olvido y otorgarle su lugar en la historia.³⁴

En su novela, los límites entre la historia y la ficción son difusos pese a que el autor entrecómille parlamentos, advierta cuando un pasaje es «histórico», transcriba textos o remita a las fuentes; por ello, Méndez Plancarte opinó que no se le puede conceder ningún valor científico.³⁵ Por otro lado, pese a que la novela tiene pasajes ficticios, como las intrigas amorosas, la sociedad secreta Urania³⁶ y la conjura independentista,³⁷ estas historias quedan de lado una vez que don Guillén es apresado por la Inquisición, pues, como señala Castro Leal en el prólogo, a partir de allí su vida es tan novelesca que «la realidad se impone a la ficción».³⁸ Lo cierto es que el mezclar lo histórico con la ficción es una astuta estrategia del autor: la ficción le permite popularizar su propuesta de que Lampart es un precursor de la Independencia, y lo histórico, demostrar los logros del país a partir de entonces, pues si alguien dudaba de alguna de las atrocidades descritas, el autor podía asegurar que no lo inventaba y allí estaban los documentos para constatarlo.

En cuanto a la caracterización de don Guillén, a lo largo de la novela se van delineando las virtudes morales del héroe: valiente y leal, noble y generoso, pues sin esperar agradecimiento por sus acciones se contenta con «la satisfacción de haber hecho [...] una buena obra»;³⁹ «de cerebro tan bien organizado», de gran resolución, de «voluntad inflexible» y «corazón indomable», constante, perseverante, paciente, decidido, audaz, astuto, precavido y capaz de cualquier sacrificio por una buena causa. He aquí uno de sus parlamentos: «yo os amonesto para que continuáis con tesón la obra que hemos emprendido, olvidándome, como si jamás me hubierais conocido; quizá otro caudillo, más feliz que yo, logra emancipar esta tierra».⁴⁰ Sin embargo, Riva Palacio lo describe como alguien cuyas intenciones no eran totalmente desinteresadas, pues, a cambio de sus esfuerzos, quería ser rey: «Yo lo he jurado: o la libertad para el Anáhuac y su trono para mí, o la muerte en la hoguera del Santo Oficio».⁴¹

El autor lo presenta, además, como una especie de redentor: Carmen, una de sus enamoradas, le dice: «Un pueblo te espera como a su redentor: sálvale»,⁴² y los miembros de la sociedad secreta lo consideran un instrumento de Dios para restituir la justicia, como dice el protagonista de *Memorias de un impostor*:⁴³

El hombre en sus necesidades, en sus penas, en sus peligros, siempre busca el amparo de Dios, siempre ocurre a Dios, y Dios no le abandona nunca; pero Dios tiene instrumentos de su bondad como los tiene de su justicia; y cuando el hombre desgraciado, teniendo fe en Dios, ocurre a buscar el favor de otro hombre, tanto equivale eso como decirle a ese hombre: «Dios me va a salvar con su misericordia; quiero que tú seas en la tierra el instrumento, el medio por el cual se manifiesta la infinita bondad». Y si aquel hombre a quien se habla así es digno de ser el instrumento, el medio de que se vale la Divinidad; aquél hombre servirá a su hermano, y le favorecerá y salvará: si no lo hace es porque no merece ser el representante de Dios en el mundo; y el hombre que implore mi auxilio, y aquel a quien yo pueda servir, ese me favorece, me obliga, porque me escoge, porque me elige para representar a Dios sobre la tierra, porque me confiere una dignidad superior a la dignidad humana, y yo debo decirle «Hermano mío, gracias porque entre tantos hombres me escogiste como el más a propósito para ser tu Providencia».⁴⁴

Lo que no queda claro en la novela es por qué los novohispanos escogieron por caudillo a un extranjero, por más virtudes o conocimientos que tuviera.⁴⁵

Proyectando hacia el pasado las circunstancias y conceptos de una época posterior,⁴⁶ Riva Palacio propone a don Guillén defendiendo ideas que parecen más de un hombre ilustrado que de uno barroco, pues sus argumentos de igualdad ante la ley y del derecho de los pueblos a elegir sus gobernantes,⁴⁷ de que «los hijos de un pueblo esclavo son esclavos»⁴⁸ y «en lo porvenir los pueblos serán los reyes, y los reyes serán los servidores del pueblo»,⁴⁹ son casi idénticas a las que motivaron la independencia en el siglo XIX; lo

mismo podríamos decir de sus comentarios sobre las ciencias y el conocimiento, el cuestionamiento al principio de autoridad y la crítica a la Inquisición como institución que obstaculiza la libertad de pensamiento:

Las verdades de la ciencia, no lo eran para nosotros si no tenían la aprobación de nuestros amos; teníamos la obligación de creer lo que ellos querían que creyésemos, y una hoguera de la Inquisición es aún el premio del que tiene el atrevimiento de saber más que ellos; y la persecución política y religiosa es consecuencia de la duda, y un ángel armado con la espada de fuego del Santo Oficio guarda las puertas del paraíso de la sabiduría, a cuyo umbral nadie puede llegar sin escuchar las terribles palabras que rodean, como un lema, los escudos inquisitoriales: *Exurge, Domine, et judica causam tuam*.⁵⁰

El narrador de la historia de don Guillén es omnisciente, escribe desde otra época que supone mejor, y por ello opina y juzga maniqueamente el pasado y la actuación de los personajes, condenando a unos y justificando a otros mediante adjetivos y juicios de valor; además, aprovecha su omnisciencia para que el protagonista prevea el fracaso de su empresa y su muerte, como cuando asegura a sus seguidores que si la Inquisición lo atrapa soportaría el tormento sin denunciarlos y no se sometería a ellos: «Allí yo me defenderé y no iré a caer de rodillas implorando perdón de los inquisidores».⁵¹

Quizá para que la caracterización de su héroe no pareciera tan maniquea, o porque las fuentes presentan contradicciones, Riva Palacio le atribuye también algunos defectos, unos ficticios, como la maldición que hacía que todas las mujeres se enamoraran de él, y otros históricos, como la audacia e imprudencia con las que se lanzó a la empresa libertadora y su crítica a la Inquisición,⁵² actitud que algunos autores han interpretado como la seguridad que sentía de estar respaldado por personajes poderosos.⁵³ Otra característica que le adjudica es la imaginación,⁵⁴ que, si bien le permitió planear la fuga y tramar ardidés para obtener beneficios, por otro lo perdió, pues se ganó la fama de mentiroso. También lo presenta como alguien

tan necesitado de reconocimiento que se fingía «un hombre de alta importancia política y social»⁵⁵ y, hacia el final de su vida y después de años de cautiverio, supone que había cedido a la locura: «la razón de don Guillén vacilaba, pues hay en esos escritos [...] una mezcla de sabiduría y de puerilidad, de verdad y de impostura, que asombra».⁵⁶

Para Riva Palacio, don Guillén era un impostor, alguien que por locura, megalomanía, travesura o mala intención, se hacía pasar por quien no era: alguien importante, ligado a grandes personajes, parte de un complot internacional; sin embargo, estas circunstancias no alteraban el hecho que le interesaba resaltar: Lampart había intentado, a mediados del siglo XVII, la independencia de la Nueva España. Esto era motivo suficiente para proponerlo como precursor de la Independencia, incluso sin que quedara claro si su motivación había sido idealista y altruista o personal e interesada.

Uno de los últimos condenados a la hoguera por la Inquisición novohispana (José Toribio Medina, 1905)

El historiador José Toribio Medina es quizá el autor que más se atiene a los hechos y ofrece una imagen realista de Lampart, pues, aunque le dedica algunas páginas en las que resume el proceso inquisitorial,⁵⁷ lo considera simplemente uno más de los últimos reos condenados a la hoguera por la Inquisición novohispana, en un contexto en el que ocurrieron otros sucesos como la ya mencionada persecución de los portugueses, el auto de fe de 1649 y la visita que se le llevó a cabo al Santo Oficio por denuncias de abuso de autoridad y corrupción.

A diferencia de Riva Palacio, a quien no cita, Toribio Medina no toma partido, no opina ni juzga, solo reseña los hechos: reconoce las «iniquidades de la Inquisición», aunque cree que don Guillén requiere de un «estudio psicológico»;⁵⁸ sospecha que en sus relatos se mezcla lo cierto con «hechos absolutamente inverosímiles»,⁵⁹ pero no se atreve a hacer el deslinde; tampoco se arriesga a especular sobre los motivos que lo trajeron a la Nueva España; sin embargo, le llama tanto la atención la «idea verdaderamente estrafalaria» del proyecto independentista, que se pregunta cómo se le habría ocurrido y sugiere que pudieron ser tres los factores que confluyeron para

concebir semejante idea: 1. su megalomanía, de la cual «dan suficiente testimonio sus declaraciones genealógicas y las relaciones que sostenía haber tenido con el conde duque y el mismo monarca»; 2. el argumento en el que basaba su derecho a pretender estas tierras, de que España, por fundar sus derechos sobre América en una bula pontificia, nula porque «los papas carecían de potestad temporal», «eran injustos detentadores de sus colonias», de lo que deducía que si alguien las hiciera libres «en defensa de la justicia del Señor Dios», y los vasallos aceptaran «recibir por rey a quien los hizo libres, es justa la elección»; y 3. la intriga política que le había tocado presenciar pocos meses antes, mediante la cual Palafox destituyó al virrey por sospecha de traición.⁶⁰ Como se dijo, su retrato de Lampart es realista, imparcial y equilibrado: por un lado, lo describe como alguien culto, educado, inteligente y de prodigiosa memoria; por el otro, ambicioso, megalómano y trastornado al final de su vida.

Un mártir del despotismo y la perversidad de la Inquisición, pero de ningún modo un héroe (Luis González Obregón, 1908)

Unos años antes de que se publicara *Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la independencia de México*, alguien llamado Alberto Lombardo escribió un opúsculo en el que, adhiriéndose a la idea de Riva Palacio de que el irlandés debía ser considerado un precursor de la libertad de nuestro país, propuso que merecía una estatua en la columna de la independencia,⁶¹ idea que a González Obregón pareció excesiva, aunque su opinión no se tuvo en cuenta y la efigie se erigió y sigue ahí hasta hoy.

A diferencia de lo que hizo Riva Palacio (a quien, por cierto, no cita), González Obregón pretendía hacer historia, de modo que su trabajo es la exposición cronológica de la transcripción, la paráfrasis o el resumen del expediente de la Inquisición novohispana. A él no lo limitaron quizá las filiaciones políticas de su antecesor, pero sí los prejuicios de su época que se traslucen en su lealtad a la leyenda negra de la Nueva España y de la Inquisición; además, comparte con el novelista decimonónico la idea de que el proyecto de Lampart era atrevido,⁶² de que el siglo XVII era una época de conspiraciones,

de que había «ideales ocultos» de independencia y que las «clases oprimidas» no solamente estaban conscientes de que lo eran, sino de que querían cambiar su situación; aunque, a diferencia del novelista, supone que había discordias entre los distintos grupos sociales.

Al igual que Méndez Plancarte, se pregunta quién fue don Guillén: «¿estaba loco? ¿era un «aventurero insigne», [o] un «embustero consumado» con «sus puntas de hereje y conspirador»?; sin embargo, a diferencia de él y de Toribio Medina, que opinan que estas cuestiones no tienen solución, él supone que su obra las responderá «con lujo de pormenores y de datos importantes»,⁶³ y que su versión de don Guillén es *la verdadera*, pues lo descubre «como fue, como se destaca en su proceso»,⁶⁴ lo cual está muy lejos de ser verdad, porque su obra no es objetiva, ya que cae en la tentación de proponer, como en la novela de Riva Palacio, a un narrador omnisciente que opina, supone,⁶⁵ juzga e imagina los pensamientos y sentimientos de su biografiado, e incluso las posibles acciones que pudo haber llevado a cabo donde las fuentes no lo detallan. Baste solo un ejemplo: «De haber estado completamente sano D. Guillén, en el pleno uso de sus facultades, de su ilustración e inteligencia, cuántos pensamientos y cuántas reflexiones le hubiera sugerido aquel teatral espectáculo», el auto de fe.⁶⁶

De este modo, si la obra de Riva Palacio es una novela histórica, la de González Obregón es una historia novelada. A pesar de ello, su caracterización del personaje es más equilibrada, pues, por un lado, aparece, de nuevo, como un «joven de talento clarísimo, sumamente instruido», de inteligencia e ingenio, arrojado, audaz y atrevido; pero, por el otro, es imprudente, pues «sin contar con nadie y sin recursos», se atrevió a conspirar y a divulgar sus planes sin ninguna precaución.⁶⁷

El historiador coincide, además, con el novelista en resaltar como uno de sus principales defectos su febril imaginación, porque traspasaba «los límites de su equilibrio» haciendo que su discurso oscilara entre la realidad y la ficción, razón por la que «unos afirmaban que estaba loco y otros decían que lo había estado», y González Obregón mantiene siempre la duda de si lo que dice el reo es lo

que realmente vivió o solamente lo que imaginaba «haber vivido»;⁶⁸ además vincula este defecto con otros dos ya señalados por los autores anteriores: la megalomanía y la necesidad de reconocimiento, que lo llevaban a «soñar con ser poderoso y grande», imaginar que debía «cumplir una misión casi divina, defendiendo al débil y derribando al fuerte»,⁶⁹ y fingir un pasado glorioso:

fingía haber sido o ser un gran señor, dueño de muchas riquezas, con palacios lujosamente amueblados, coches y carrozas, y trajes numerosos y costosísimos. Les contaba que era hijo y descendiente de aquellos caballeros nobilísimos, y a veces deshonorados, por pensar que más se honraba, refería que era fruto de relación ilícita con un soberano y deudo cercanísimo de reyes y emperadores europeos... Allá en el Viejo Mundo había ocupado la atención de prelados, inquisidores, y altas dignidades; admirando a todos por los libros que había escrito y por las conversiones de herejes que había catequizado. Intrigas y enredos amorosos, con damas encopetadas de la Corte española, y el interés de corar cuantiosas rentas, con que había sido agraciado por sus muchos servicios, le habían traído a estas tierras.⁷⁰

Para González Obregón, don Guillén miente, porque sus relatos contrastan con su realidad, pese a que invente argumentos para justificar esas contradicciones; por ejemplo, habla de sus riquezas y presume de tener correspondencia con personajes ilustres, pero «ni enviaba aquellas cartas a su destino, ni aunque hubiera querido hacerlo podría realizarlo, pues vivía en la miseria», lo cual era un hecho pese a que el reo insistiera en que esta era fingida porque servía a sus planes.⁷¹ Además, las historias sobre su vida en Europa contrastan con lo que declaran su hermano y fray Miguel de Santa María, otro irlandés que lo conocía de entonces, cuyas opiniones fundamentan la sospecha de que Lampart tendía a la exageración y la megalomanía.

Mientras que Riva Palacio oscila entre proponer la lucha de don Guillén entre lo social y lo personal, González Obregón, proyectando hacia el pasado los conceptos e ideales de su presente, le da

ambos sentidos, considerando que el fracaso de don Guillén es, al mismo tiempo, el fracaso de un pueblo que no estaba listo para ser liberado, contradiciendo con ello la idea inicial de ambos autores de que había un deseo generalizado de independencia:

Pero D. Guillén no tuvo ni siquiera la satisfacción de los mártires de una causa noble, no la conciencia de haber concebido en sus alucinaciones de megalómano un plan que diera independencia y libertad a esa turba servil de esclavos sumisos, que se agitaba a sus pies [durante el auto de fe] hipócrita, curiosa o compasiva; porque D. Guillén en esos momentos no pensaba en haber salvado a otros, sino en salvarse milagrosamente, y se le veía allí en las gradas, mudo, indiferente, sentado como un Rey de burlas, ya que él habíase imaginado serlo de aquellos degenerados súbditos.⁷²

Desde la perspectiva de González Obregón, Lampart no fue ni «un héroe, ni un príncipe, ni actor en aventuras ciertas o soñadas en su locura de grandeza», y su vida no fue de ningún modo novelesca como creyeron «otros escritores, seducidos quizá por sus embustes»; por el contrario, fue primero un megalómano y un «loco rematado después», por tanto, no cree que merezca la importancia de ser considerado un precursor de la Independencia, como querían «algunos distinguidos historiógrafos» y mucho menos que se le alzara «una estatua en el monumento de la Independencia», sin embargo, reconoce que sí merecía ser reconocido como un mártir, sacrificado «por el despotismo y la perversidad de los Inquisidores».⁷³

*Un «humanista barroco», un excelente y ortodoxo poeta latino novohispano (Gabriel Méndez Plancarte, 1948)*⁷⁴

La obra de Méndez Plancarte responde al reto lanzado por González Obregón de prestar atención al *Regio salterio*, los más de novecientos salmos latinos escritos por don Guillén después de que fuera recapturado tras su fuga, pues creía que podía brindar elementos sobre su carácter, «y lo que pensaba y creía en los últimos años de su prolongada prisión».⁷⁵

El sistemático y minucioso trabajo de Méndez Plancarte muestra una faceta de Lampart muy distinta, pues, si bien insiste en la injusticia y el abuso de autoridad de la Inquisición, su interés va por otro lado. Son tres las principales tesis que defiende: 1. que, por sus habilidades poéticas, don Guillén debería ser «reconocido como gran poeta novohispano», y ocupar un destacado lugar «en la historia de la poesía latino mexicana»;⁷⁶ 2. que en los escritos de don Guillén no hay indicios de las herejías de las que fue acusado; y 3. que «tuvo una formación humanística tan amplia y completa como la mejor que pudiera recibir un joven de su tiempo»,⁷⁷ a la que califica de barroca.⁷⁸

Sus argumentos pueden dividirse en los que tienen que ver con la estructura y forma de los poemas, encaminados a demostrar su habilidad poética, su intuición estética y la modernidad de su obra,⁷⁹ y los que se refieren al contenido, es decir, a los temas que aborda, que tienen que ver con los conocimientos teológicos o históricos del autor, y que le sirven a Méndez Plancarte para defender su ortodoxia. Ambos tipos de argumentos demuestran, además, la formación humanista de Lampart.

En cuanto a los aspectos técnicos, le reconoce la habilidad para imitar «la forma paralelística de los salmos hebreos», «la versificación latina medioeval»,⁸⁰ «la no vulgar maestría con que [...] manejaba [...] la versificación métrica latina» y el «dominio casi perfecto de la complicada métrica grecolatina y un conocimiento nada vulgar de los clásicos».⁸¹

Respecto del manejo de los temas, lo considera, primero, «un alto poeta religioso» y después un «poeta místico»;⁸² y reconoce sus conocimientos teológicos que le permiten abordar con «maestría» y «con perfecta ortodoxia y con hondo y veraz sentimiento poético y religioso», temas tan difíciles como los de la Inmaculada Concepción o la Trinidad. «Nada hay —agrega Méndez Plancarte, refiriéndose al salmo 81— [...] que no esté dicho conforme a la más pura y exigente teología del Dogma Trinitario y con un lenguaje metafórico del más claro cuño bíblico y paulino».⁸³ Por tanto, está convencido de que el *Regio salterio* se mantiene en la ortodoxia y de que las acusaciones de protestantismo fueron «una torpísima calumnia, destituida de todo

fundamento», pues nada hay en él que sea «claramente heterodoxo (ni calvinista, ni pelagiano, ni luterano, ni hussita, ni wicleffita)».⁸⁴

Tampoco le parece justa la acusación de supersticioso; opina que en los escritos de don Guillén es evidente su respeto por el libre albedrío, su creencia de que las predicciones astrológicas tienen solo un valor probable y falible,⁸⁵ y porque no defiende el sistema copernicano, a diferencia del Guillén ficticio de Riva Palacio, que sí lo hace;⁸⁶ sin embargo, por escrúpulo de conciencia y «por amor a la objetividad histórica», el autor se siente obligado a señalar algunos «defectillos» técnicos de algunos poemas, así como algunas expresiones anfibológicas o teológicamente inexactas, aunque aclara que el contexto las esclarece.⁸⁷

El humanismo de don Guillén lo identifica en la búsqueda del conocimiento universal, en la amplia variedad de fuentes, tanto religiosas como paganas que maneja, en su crítica a la esclavitud y en sus escritos:

lo mismo componía Salmos al estilo hebreo, que poemas latinos medioevales con rima, o Himnos latinos con métrica clásica; lo mismo disertaba sobre astrología y cantaba la hermosura de los astros con una especie de «embriaguez naturalista», que redactaba sus defensas jurídicas erizadas de citas exactas de la Biblia, de los Santos Padres, de juriscultos antiguos y modernos, y de poetas clásicos, mostrando con ello una vastísima erudición y una memoria portentosa; lo mismo escribía sobre el arte militar y la «formación de escuadrones» guerreros que se arrojaba a dar consejos al Rey Felipe IV y al Conde Duque de Olivares sobre los oscuros laberintos de la política y «la razón de Estado...»⁸⁸

El retrato que propone Méndez Plancarte es muy diferente del de sus predecesores: un humanista, ortodoxo, movido por «un profundo sentimiento religioso y católico», calumniado y condenado injustamente por la Inquisición. En cuanto a su vida de aventuras, se inclina a juzgar que se trata de un error juvenil producto de una imaginación febril y cierta megalomanía: «una novela forjada por

la calenturienta fantasía de aquél joven poeta» que «trataba, evidentemente, de enaltecer su persona».⁸⁹ En suma, Lampart parece a Méndez Plancarte un «laberinto psicológico» que «ni el más competente psiquiatra» podría «desenredar»; aunque su apuesta va en el sentido de que era sincero en sus pretensiones libertarias, pues «estaba muy lejos de ser un adocenado ambicioso».⁹⁰

Un pícaro heterodoxo que acabó siendo un héroe
(Javier Meza, 1997)

El estudio de Meza se inserta en la tradición de Riva Palacio y González Obregón: coincide con ellos en que Lampart es un impostor y un megalómano, y en que busca maridar la historia con la novela, pues aunque su libro pretende ser histórico, está estructurado en capítulos acompañados de grabados de Goya que resaltan su carácter novelesco, además de que su discurso está planteado desde la perspectiva de un narrador omnisciente que opina, imagina, conjetura y juzga, mediante un estilo lleno de exclamaciones, adjetivaciones, humor, juicios de valor y proyecciones de conceptos contemporáneos hacia un contexto diferente,⁹¹ por lo que propone a don Guillén como un personaje histórico y mítico, el más literario de entre todos los anteriores.

Sin embargo, Meza discrepa de sus antecesores al considerar a su biografiado un rebelde que «nunca aceptó someterse a la voluntad de sus jueces», pero de ningún modo lo ve como un precursor de la Independencia porque asegura que sus motivaciones no eran ni idealistas ni sinceras, de modo que le parece una justicia poética que aunque ocupe «un lugar como héroe en la columna de la independencia de México», su efigie esté ubicada «en el basamento del monumento, alejado de todas las miradas».⁹²

En su obra, Meza introduce dos nuevos rasgos a la caracterización del personaje, pues cree que don Guillén era un pícaro y que, a diferencia de lo que opinó Méndez Plancarte, era un heterodoxo, aunque nunca aclara en qué consistía esta heterodoxia, y reconoce que al final de su vida mostró un sincero sentimiento religioso.⁹³ De estos supuestos se desprenden dos consecuencias importantes: a diferencia

de lo que proponen Riva Palacio y González Obregón, para Meza la Inquisición procedió con justicia al aprehender a Lampart —lo que no justifica su abuso de autoridad— y que todo lo que le ocurrió fue por su propia culpa, debido a un confuso enredo de simulaciones que acabó mal, porque se arriesgó demasiado al tratar de engañar a los inquisidores, a quienes, por cierto, el autor describe mediante los lugares comunes de la leyenda negra que difundieron sus predecesores, aunque también como víctimas de las intrigas del irlandés, a quien le reconoce «su capacidad creativa para burlar[los] y aun hacer[los] enloquecer».⁹⁴ Y como su hipótesis consiste en que era un pícaro, su discurso está encaminado a demostrarlo, contrastando las características del personaje tipo con las del histórico, privilegiando de las fuentes aquellos pasajes que demuestran su idea.

A partir de varios autores, Meza reconstruye las características del pícaro del siglo xvii: la pobreza, «la locura y la risa, el engaño y la desobediencia»,⁹⁵ el individualismo, la curiosidad, el entremetimiento, la rebeldía, la burla, el juego, la ironía, la sorna, el alboroto, la audacia, la astucia, el ingenio, la trampa, el fraude y el vivir de las apariencias y el fingimiento, herramientas que le servían para lograr beneficios, salir de la marginación, trepar en la escala social, medrar y vivir fácil, aprovechándose de los ingenuos y los crédulos; y encuentra todos esos atributos en don Guillén, a quien se refiere como un pícaro,⁹⁶ «cuya industria o inteligencia le dictaba cubrirse de la máscara de la locura inofensiva» para burla de otros y conseguir beneficios.⁹⁷

Esta última condición está íntimamente ligada a la idea de la impostura, pero marca la diferencia con los autores previos, ya que, si el fin último del pícaro es el beneficio propio, el medio para alcanzarlo es la mentira; de allí que el título de la obra proponga que todo lo que hizo y dijo don Guillén era falso, y que una mentira lo llevó a otra hasta que acabó enredado en la telaraña de sus embustes, que terminó por asfixiarlo, pues el autor asegura que «cuando fingir se convierte en regla, la realidad se desdibuja y aparece la ficción».⁹⁸ Sin embargo, pese a que supone que todo fue una mentira, cree que en sus palabras a veces salía a relucir la verdad,⁹⁹ pero no se atreve a proponer un deslinde porque, se pregunta, «¿quién puede descifrar

lo cierto y lo falso en las acusaciones de un mentiroso?»¹⁰⁰ Meza, que continuamente trata de enmarcar la situación particular de don Guillén en su contexto histórico, justifica su mitomanía con dos argumentos: vivió en una época «obsesionada por lo hiperbólico» y aprendió de la simulación en los colegios jesuitas donde estudió, pues defendían que el fin justificaba los medios:

inventaron métodos con el fin de capacitar a sus predicadores en el arte de la simulación; la Compañía de Jesús, convencida de que el fin justifica los medios, resolvió que «acomodarse» a los otros es el medio necesario para conseguir el fin de «ganarlos para Cristo».¹⁰¹

Aunque no consulta los documentos del Fondo Conway, el autor encuentra suficientes indicios en el resto de las fuentes como para encontrar en don Guillén todos los rasgos que definió para el pícaro: inteligencia, curiosidad, atrevimiento, persuasión, habilidad para expresarse, astucia, audacia, curiosidad, buena memoria, cierto grado de locura¹⁰² y rebeldía. Virtudes que ya habían sido señaladas por los autores previos, aunque Meza les otorga un sentido distinto al suponer que las empleaba, no para alcanzar secretos fines políticos o ideales altruistas, sino para asegurar su supervivencia: obtener beneficios o salvar el pellejo. Por ejemplo, supone que la memoria y la astucia le sirvieron para memorizar «los nombres [...] de las figuras más sobresalientes, para tejer en torno a ellos y de su propia persona los más sorprendentes relatos»;¹⁰³ que el prolongado encierro fue lo que determinó su crítica a los inquisidores,¹⁰⁴ aunque años más tarde el sentimiento de injusticia confundió en él «la pasión por la mentira» con «la pasión por la verdad»;¹⁰⁵ o que el deseo de dinero fácil le sugirió algunas partes de su supuesto plan independentista: «El irlandés más bien quería dinero, por eso, como el indígena lo conocía, no le hizo caso».¹⁰⁶

Junto a esos rasgos «positivos», Meza reconoce los «negativos»: la megalomanía, la mitomanía, la ambición y el exceso de imaginación, a los que agrega el orgullo y el cinismo,¹⁰⁷ todos relacionados y justificados en un pícaro que busca su beneficio a costa de cualquier

medio. El autor se suma a las posturas de Riva Palacio y González Obregón, y comparte la opinión del hermano de don Guillén, de fray Miguel de Santa María y de los inquisidores de que el reo mentía sobre su pasado:¹⁰⁸ sus relaciones con los poderosos, sus orígenes y estudios, y sus hazañas y riquezas;¹⁰⁹ pero interpreta de un modo diferente esta situación, pues supone que mentía, primero, para sacar ventaja de los ingenuos que le creían,¹¹⁰ y que después, una vez preso y enredado en sus mentiras, su orgullo le impidió desdecirse¹¹¹ y siguió mintiendo para justificar sus embustes previos: «Como don Guillén sabía que la miseria en la que había vivido en México contradecía sus historias de alcurnia y riquezas, también les dijo a los inquisidores que el mejor disfraz que existía para un confidente y espía del rey era fingirse pobre».¹¹² Según Meza, años más tarde siguió mintiendo para obtener algún privilegio que mejorara su situación en la cárcel, al grado de que se prestó a espiar para los inquisidores a los prisioneros portugueses y se arriesgó a querer quedar bien con ambos,¹¹³ pero su estrategia fracasó al ser desenmascarado.¹¹⁴ Además, supone que mintió para salvarse: engatusando a Diego Pinto para que «lo ayudara en sus planes de fuga», convenciéndolo de que era un redentor «que tenía que cumplir una misión y exigir justicia»;¹¹⁵ pretendiendo tomar por sorpresa a los inquisidores alegando que era poseedor de información secreta de la que dependía la corona, por lo que pedía que lo remitieran a España;¹¹⁶ fingiendo actitudes de arrepentimiento, escribiendo obras piadosas como el *Regio Salterio* o alabando la vanidad de los inquisidores,¹¹⁷ aunque a veces lo hacía con ironía,¹¹⁸ y todas esas mentiras acabaron perdiéndolo porque se convirtieron en cargos.¹¹⁹

Para Meza, la mentira estaba vinculada con otros «defectos» del personaje: su «febril imaginación»¹²⁰ que lo mantuvo siempre «en el umbral de la alucinación y la realidad»¹²¹ pero le permitió inventar historias que lo ayudaron a sobrevivir,¹²² y su megalomanía, que lo impulsó a hacerse pasar por «un caballero de sangre ilustre»,¹²³ amigo o pariente de personajes poderosos, experto en política internacional, poseedor de secretos de estado, líder de un proyecto emancipador, etcétera: «Su pasión por la mentira y lo fantástico

sobresalen en el comentario que en cierta ocasión hizo a Antonio de Caraballo, a quien le dijo que había sido menino de la reina de Inglaterra». ¹²⁴

La propuesta de Meza, empero, no logra resolver el hecho de la vasta erudición de don Guillén, aunque lo designe como «pícaro e hidalgo», ¹²⁵ ni tampoco explica las razones por las que alguien tan culto habría devenido en pícaro. Su conclusión es que fingiendo ser héroe, acabó siendo uno, «revelándose y resistiendo al autoritarismo inquisitorial», ¹²⁶ y utilizando «la mentira como forma de rebelión en contra de un orden social que repudió porque lo excluía», ¹²⁷ aunque no deja claros los términos y razones de dicha exclusión.

Un creyente del poder de la escritura (José Joaquín Blanco, 2004)
Con su peculiar estilo desenfadado, José Joaquín Blanco repite el contenido del expediente inquisitorial —aunque no parece haberlo consultado personalmente—, critica las obras de Riva Palacio y González Obregón como exageraciones de la historia y la literatura —pero se adhiere a la postura de que don Guillén de Lampart es un impostor— y propone una interpretación parecida a la de Meza: le parece un «extravagante desatino» que su efigie esté en la columna de la Independencia como «pretendido» precursor de la emancipación sin tener ningún mérito: por extranjero, por no tener «antecedentes verificables», porque vivió «sin mayor provecho y sin dejar rastro alguno en la sociedad novohispana» y no demostrar «profesión, méritos ni obras, antes de ser encarcelado por el Santo Oficio». Su postura, por tanto, coincide con la de González Obregón, a quien le reconoce que lo redujo «a su justa dimensión».

Blanco asume una mirada un poco más objetiva e histórica: afirma que el personaje de don Guillén, tal como lo venden Riva Palacio y González Obregón (al parecer sus únicas fuentes), es un personaje «literario-ideológico» construido a la medida de los ideales de los liberales decimonónicos. Advierte que los documentos deben ser leídos «con múltiples reservas», ya que, por un lado, los testimonios y declaraciones de testigos y delatores podrían ser «parciales o interesados», tanto para ellos como para los inquisidores y, por el otro,

el «confuso pensamiento» de don Guillén podría deberse a que sus declaraciones y escritos estaban condicionados por la «desesperación o tortura». De hecho, admite que el «personaje que revela el proceso inquisitorial se antoja calumnioso o delirante», pues la huella que va dejando en los interrogatorios muestra, como ya habían señalado los autores previos, megalomanía, mitomanía e imaginación delirante, «a ratos lúcida y a ratos totalmente extraviada».

Un primer argumento para desmentir el lugar que se le ha dado a Lampart es que sus ideas sobre la ilegitimidad de los derechos de España sobre sus posesiones americanas no era nueva, pues así lo «habían afirmado muchos frailes y soldados españoles desde del siglo xvi en México, y lo que sostuvo toda la Europa no católica durante siglos. Y buena parte de la católica: en Francia e Italia»; el segundo es que su historia, a diferencia de cómo la mostraron Riva Palacio y González Obregón, fue «un asunto pasajero y menor», «totalmente ignorado por la sociedad novohispana», pues no hay indicios de que «sus pretendidos planes para erigirse en rey de México» fueran a ponerse en práctica y sólo fueron conocidos por «escasos y peregrinos confidentes, que pudieron mentir»; y «casi ningún novohispano, salvo su media docena de acusadores o testigos astrosos, los inquisidores y algunos burócratas» se enteraron de su vida o su pensamiento; de lo que sí se enteraron todos fue «de que cierto hereje se había fugado —lo que era no solo escandaloso, sino casi inverosímil— de las inexpugnables cárceles del Santo Oficio, y que además había pegado en la madrugada algunos escritos injuriosos y blasfemos en tres o cuatro edificios céntricos», pero esto porque la misma Inquisición se encargó de anunciarlo a través de edictos para «que quien supiera de él debería denunciarlo [...] bajo amenazas de excomunión mayor y líos inquisitoriales, así como entregar aquellos papeles al Santo Oficio».

Para Blanco, don Guillén es un personaje como tantos otros en su época, y la leyenda negra sobre la Inquisición ha sido malentendida, pues si al final el rey tomó cartas en el asunto e hizo caso de las denuncias de «corrupción y arbitrariedad», no se debió a un asunto de justicia moral, sino económica: «Sobre todo le dolió mucho al rey

enterarse de que los inquisidores mexicanos apresaban a presuntos judíos de origen portugués muy ricos, ¡y enseguida los volvían pobres en su contabilidad!, para no entregar nada de esa riqueza confiscada al tesoro real».

Para Blanco, la tercera evidencia es que Lampart solamente se convirtió «en un escándalo histórico y en una ejemplarizante figura cívica» hasta que Riva Palacio lo rescató del olvido debido a que su propuesta de abolir la esclavitud, de ofrecer igualdad a todos los grupos sociales y de reducir los «onerosos impuestos a todas las castas», «indudablemente fascinó a los liberales de la Reforma», y sus vicisitudes con la Inquisición les permitió «airear un aspecto macabro de la dominación española», por supuesto, para destacar, por contraste, los logros del gobierno post-independentista.

Lo interesante de la propuesta de Blanco es que resalta un rasgo del personaje que no llamó la atención del resto de los autores, pese a que Meza lo menciona de paso: «su compulsión por la escritura»,¹²⁸ su «fe absurda [...] en la escritura», pues, dado el bajo índice de alfabetismo en el México del siglo XVII, muy pocos podían ser sus interlocutores. Efectivamente, antes de ser apresado, don Guillén escribía cartas a diferentes destinatarios, y proclamas expresando sus ideas, ya preso escribió para los inquisidores sus defensas y contra defensas, escribió pasquines para la sociedad novohispana y cartas al rey y al virrey denunciando a los inquisidores, y escribió para sí mismo o para Dios el *Regio Salterio*; escribió en sábanas y pedazos de papel, y con instrumentos y tinta hechos con materiales inverosímiles. Don Guillén confiaba en la trascendencia de la palabra escrita y logró, reconoce Blanco, que «sus fragilísimos textos» sobrevivieran, aun cuando «muchas aparatosas obras eclesiásticas o burocráticas» «ya se han olvidado».

Segunda parte: un héroe incomprendido y nunca valorado

Un héroe ¿verosímil? (Troncarelli, 1999)

En 1999, el investigador italiano Fabio Troncarelli publicó *La spada e la croce. Guillén Lombardo e l'Inquisizione in México* (Roma, Salerno), obra que le da un giro de trescientos sesenta grados al

proceso de mitificación de don Guillén, pues, a diferencia de los que lo antecedieron en el rescate de este personaje, él parte del supuesto de que Lampart dijo la verdad y fue víctima de un complot de magnitudes insospechadas que involucraba a personajes en los más altos cargos de la administración religiosa y civil española y novohispana, y en el que estaban en juego eventos políticos internacionales, como la Independencia de Portugal y la liberación de Irlanda (pp. 179–186, 203–209), una intriga en la que hubo espionaje y contraespionaje, conspiraciones, emboscadas, traiciones e intercambio de favores, y en la que don Guillén llevó las de perder, porque, al ser aprehendido por la Inquisición, puso en riesgo planes secretos e intereses de modo que acabó convirtiéndose en un chivo expiatorio y, al final, sus denunciantes, los testigos, sus patrocinadores, sus amigos, sus cómplices, sus protectores, sus enemigos y los inquisidores, movidos por diferentes razones —rencores, venganzas, evasión de responsabilidad, encubrimiento de intereses, etétera—,¹²⁹ coincidieron en descalificarlo y tacharlo de mentiroso, impostor, megalómano y loco. El libro de Troncarelli dedicado a demostrar esta hipótesis fue publicado en español en 2003 con el título de *El mito del «Zorro» y la Inquisición en México. La aventura de Guillén Lombardo (1615–1659)* (Lleida, Milenio).

La obra aborda el mismo período temporal que los novelistas e historiadores previos: desde el viaje de Lampart a la Nueva España en la flota que trasladó al marqués de Villena hasta el auto de fe en el que murió y la posterior caída en desgracia de los inquisidores que lo condenaron, la cual Troncarelli interpreta como una venganza poética.

Esta propuesta se distancia de las anteriores en varios aspectos: el primero, el que al asumir los dichos de don Guillén como verdaderos se da a la tarea de rastrear y presentar documentos que procuran demostrar su veracidad, no solo respecto de sus orígenes, vida, estudio y andanzas hasta antes de su llegada a la Nueva España, sino también en cuanto a sus supuestas relaciones con el rey, el conde duque de Olivares y Palafox, y sobre su condición de espía. El segundo, porque a partir de esas nuevas fuentes logra ubicar a don Guillén como un personaje protagónico en muchos de los episodios

clave de la historia europea de la época, sustentando así su hipótesis de que no solo no estaba loco, sino que era reconocido y, tan importante, que había sido requerido como consejero, espía y estrategia en varias cortes, e incluso fue retratado por Van Dyck y Rubens.¹³⁰ El tercero, porque proyecta la fama y la trascendencia de Lampart más allá de su época, y lo convierte en el precursor de un héroe moderno que, como supuestamente él mismo lo hiciera, luchó por la libertad, la justicia y la igualdad: nos referimos al Zorro,¹³¹ creado en 1919 por el periodista norteamericano Johnston MacCulley en su novela *La maldición de Capistrano*, aparentemente inspirado por los personajes de don Guillén de Lampart y Martín Garatuzza de las novelas de Vicente Riva Palacio.

Troncarelli se propone refutar todas las acusaciones contra Lampart haciendo lo que supone que los inquisidores debieron y «se negaron a hacer»: comprobar sus aseveraciones,¹³² y lleva a cabo esta empresa recabando una cantidad impresionante de datos históricos acompañados de conjeturas y deducciones, poniendo en juego la imaginación para reconstruir los vacíos de información, dando como resultado una obra de múltiples y complejas tramas secundarias cuyo denominador común es la omnipresencia de don Guillén.

Para el autor, Lampart dijo la verdad, primero, porque le parece imposible que alguien tan inteligente desafiara a los inquisidores «de un modo [tan] poco inteligente».¹³³ ¿Por qué mentiría —se pregunta— si con ello perdería credibilidad?;¹³⁴ segundo, porque supone que no calculó los riesgos de ser apresado por la Inquisición y se sentía «un reo especial» respaldado por «sus relaciones de poder».¹³⁵

Una vez aceptada la premisa de que don Guillén dijo la verdad, las contradicciones señaladas tanto por los inquisidores como por los novelistas e historiadores posteriores parecieran quedar resueltas. Una muestra de este razonamiento es la siguiente: si don Guillén era, como él decía, un espía enviado a la Nueva España por el conde duque de Olivares para vigilar las actividades del marqués de Villena por su parentesco con el insurrecto rey de Portugal (o para conseguir adeptos para la causa de Irlanda), entonces era lógico que entre sus pertenencias se encontraran documentos falsos y cartas

dirigidas —aunque nunca enviadas— a personajes importantes de la época, que eran parte de los «útiles de trabajo de un espía y aventurero»¹³⁶ y no, como concluyeron los inquisidores, pruebas de los desvaríos de un megalómano.

Para cada contradicción, Troncarelli encuentra argumentos para explicarla o propone alguna hipotética justificación, a veces forzada o poco verosímil, como sucede en el caso de con quién estaba la lealtad de don Guillén o de su relación con los judíos con los que compartió las cárceles del Santo Oficio. He aquí algunas de las soluciones que da a las dudas suscitadas durante el proceso: si era megalómano, ¿para qué entrevistar a tantos testigos?¹³⁷ si había dudas sobre sus orígenes y primeros estudios, había que creerle a él y no a su hermano, llamado como testigo, pues él «lo ignoraba todo porque en aquella época ya había dejado el domicilio familiar»;¹³⁸ su supuesta pobreza y su empleo como profesor de latín eran un disfraz para mantenerse encubierto; sus enigmáticas cartas, que los inquisidores atribuyeron a su falta de juicio, estaban escritas en un código que solo el destinatario y él conocían;¹³⁹ su desmedida crítica al rey de Inglaterra fue una reacción juvenil por la ausencia y falta de apoyo de su padre, quien tuvo que recluirse en un convento tras ser acusado de conspirar con los españoles;¹⁴⁰ si mintió sobre su edad durante su estadía con los piratas¹⁴¹ y manipuló los hechos fue «para aparecer como víctima y no como protagonista [...] para obtener mayores ventajas»;¹⁴² su ambición de convertirse en rey de México no era ni arbitraria ni egoísta, ni tampoco contraria a los ideales que perseguía, sino una justa retribución «por los servicios prestados» a sus habitantes, al haberles «concedido el derecho a la libertad», y era un honor que confiaba obtener «mediante un consenso general absoluto y espontáneo»;¹⁴³ su atrevida afirmación de ser hijo natural de Felipe III fue solo una «mentira política» que le confería «el papel mítico de “rey encubierto” que derrocaría a los soberanos malvados»;¹⁴⁴ y sobre el porqué sus poderosos amigos no lo salvaron de la Inquisición, propone varias conjeturas: el que la situación se salió de control, el que él era un doble agente y fue traicionado por todos, el que la caída del Conde duque de Olivares impidió que lo

ayudara,¹⁴⁵ etcétera. Troncarelli justifica incluso algunas de las manifestaciones de la locura de Lampart, como el cubrirse de estiércol, atribuyéndolas al folclor europeo.¹⁴⁶

El autor insiste en el compromiso del historiador con la objetividad, y su obligación de ser crítico con las fuentes y no caer en mitificaciones o prejuicios; no obstante, en algunos momentos se deja llevar por la pasión al personaje y cede a la tentación de convertirlo en un héroe. En primer lugar, porque es claro que Troncarelli admira a don Guillén y lo considera un hombre adelantado a su época cuyo mérito no es reconocido, por lo que busca que se le aquilate como crítico de los reyes injustos y como el precursor del intento de independizar a México y de tratar de llevar a la práctica el ideal de igualdad y justicia para los indígenas y los negros. Sin embargo, en su afán reivindicativo, su discurso se convierte en un panegírico y siempre encuentra argumentos que justifican y enaltecen sus acciones, por lo que lo idealiza al extremo de mitificarlo, como se puede apreciar en el siguiente pasaje:

[Don Guillén] afrontó a cara descubierta el invierno de la historia, en unos momentos en que nadie se atrevía a creer ni en la liberación ni en la más leve esperanza de prevención. Fue el rey de un posible ideal, de una historia que no ha quedado escrita, [...] es una especie de rey-sacerdote que entrega su vida para que el mundo siga girando.¹⁴⁷

El autor tiende a presentar a su protagonista y a otros personajes, como Palafox, como hombres de esta época y no de aquella en la que vivieron, pues del mismo modo en que se han querido ver posturas feministas en sor Juana Inés de la Cruz, encuentra en ellos la vocación de antropólogos o de defensores de los derechos humanos.¹⁴⁸ Incluso, visualiza desde una concepción muy actual a los indígenas y a los negros —términos genéricos que designan a muy diversos grupos de diferentes etnias, lenguas y culturas— asumiendo que, para el siglo xvii, habían logrado desarrollar una consciencia colectiva que les permitía añorar la libertad y acariciar el deseo de pertenecer a una nación independiente de España,¹⁴⁹ la cual los criollos, más

cohesionados y con más ventajas intelectuales, culturales, sociales, económicas y políticas, se tardaron en madurar. En segundo lugar, porque a través del uso de generalizaciones, adjetivación y juicios de valor, presenta un mundo maniqueo en el que se enfrentan los «buenos» (los que buscan la libertad, la igualdad y la justicia, como Palafox y don Guillén,) y los malos (los opresores, los injustos, los corruptos, los que abusan del poder y de su investidura, como los inquisidores). El autor se ensaña especialmente contra el imperio hispánico y la Inquisición española y sus funcionarios. He aquí algunos ejemplos del primer caso: «*La arrogancia de los españoles*, en algunas ocasiones, *recibió justo castigo*»,¹⁵⁰ «los países uncidos *al carro monstruoso del imperio español* tuvieron un extraño destino».¹⁵¹ «Si Palafox estaba la vez bajo el imperio de la carne y del espíritu, *típica contradicción española*».¹⁵²

Sobre la Inquisición española y su extensión novohispana reconoce que hay dos posturas que considera igualmente erróneas: la de los que repiten la leyenda negra sin cuestionarla, y la de quienes minimizan sus acciones y, aunque dice que a él no lo mueven ni prejuicios ni motivaciones morales, se adhiere a la primera, aunque —aclara— fundando sus opiniones «en consideraciones de carácter histórico», lo cual no le impide matizarlas con adjetivos y prejuicios, pues se refiere a «la monstruosidad del sistema responsable de horrores innumerables»,¹⁵³ a su «régimen de terror», a su actitud «implacable contra todos los que se apartaran del dogma religioso oficial», a sus acusaciones arbitrarias, «inexorables y ciegas», y a su «papel contrario a sus propios objetivos espirituales» pues

en lugar de defender la religión y la rectitud moral de los habitantes de las colonias, favoreció una fe conformista, hipócrita, intolerante, y fue valedor[a] de un régimen social y político violento y corrupto, bastante discutible en el plano cristiano y muy criticado por los teólogos y los filósofos más aperturistas de los siglos xvi y xvii.¹⁵⁴

Troncarelli se ensaña aún más contra los inquisidores que procesaron y condenaron a don Guillén, a los cuales cataloga de brutales,

corruptos¹⁵⁵ y arbitrarios, pues sostiene que fingían «que cumplían con su deber» dejando «sin fundamento las acusaciones del prisionero»,¹⁵⁶ se «hicieron los desentendidos»,¹⁵⁷ fingieron creerle¹⁵⁸ y, para mostrarlo «como un impostor loco, [...] no lo obligaron a denunciar a sus cómplices ni le dieron tortura, pero tampoco lo soltaron con penas leves como debían de haberlo hecho»;¹⁵⁹ además, asegura que durante el proceso mintieron deliberadamente, no comprobaron sus dichos ni la autenticidad de sus documentos, falsearon y manipulaban informes,¹⁶⁰ desaparecieron y omitieron pruebas¹⁶¹ y enviaron al rey «resúmenes tendenciosos y engañosos». ¹⁶² Sirvan tres ejemplos para mostrar el desprecio con el que el autor se refiere a ellos: «El nuevo fiscal se había licenciado en teología en la universidad de México, y, tras haber hecho más o menos despreocupadamente unos cursos de derecho en Salamanca, obtuvo su título de maestro en Sevilla, una universidad menos prestigiosa». ¹⁶³ «Pese a su astucia, Mañozca era un hombre mediocre, henchido de rencor». ¹⁶⁴ «Unos hombres que tenían mucho que perder y reaccionaban como fieras enjauladas». ¹⁶⁵

Su antihispanismo se extiende a la Nueva España, a la que considera un «gran desastre», «donde reinaba la incertidumbre y el desorden» y una «atmósfera asfixiante». ¹⁶⁶ Esta imagen es muy parecida a la que plantea Riva Palacio, por lo que parece calcada de la historiografía mexicana decimonónica que, como parte de las estrategias para justificar y legitimar los logros de la Independencia, desacreditaba todo el período virreinal; así, Troncarelli habla de «cristianos oprimidos», ¹⁶⁷ de una sociedad descristianizada¹⁶⁸ e inmovilizada «que se contemplaba a sí misma para enmascarar problemas más profundos», de sermones que incitaban a «adherirse a normas espirituales complejas, abandonar toda idea crítica y evitar cualquier debate teológico»; ¹⁶⁹ respecto de la cultura no es más elogioso: considera la educación y la producción académica de bajo nivel, de auto consumo, ecléctica y carente de originalidad, llena de palabrería e incapaz «de superar los dogmas de Aristóteles»; y opina que el teatro le daba la espalda al mundo indígena y que la oratoria —de la que, por cierto, dice que «nos ha quedado muy poca cosa»— era de una «retórica fastidiosa». ¹⁷⁰

De hecho, los capítulos en los que el autor bosqueja el contexto histórico novohispano presentan diversos errores, como el que diga que sor Juana estuvo enfrentada «a la hostilidad de los jesuitas», que su confesor, Antonio Núñez de Miranda, era «primer inquisidor de la ciudad de México», cuando solo fue calificador, o el que repita el lugar común de que la monja perdiera la confianza en sí misma «y sumergida en un sentimiento de culpabilidad», vendiera sus libros y renunciara «para siempre a cualquier tipo de actividad intelectual», ¹⁷¹ cuando investigaciones más recientes, como algunas de Elías Trabulse y las de Soriano Vallés, han superado esa idea.

Otros errores son afirmar que el cacao era «el alimento básico del pueblo», ¹⁷² cuando en realidad lo era el maíz, o que afirme que con Palafox fue la primera vez que «el poder estaba en manos de un rey-sacerdote que encarnaba dos elementos hasta entonces siempre disociados, la fuerza y la fe», ¹⁷³ cuando, entre el siglo xvi y xvii, Pedro Moya de Contreras (1584–1585) y fray García Guerra (1611–1612), ambos arzobispos de México, ostentaron también el cargo de virrey, lo mismo que Marcos de Torres y Rueda, obispo de Yucatán (1648–1649) y Diego Osorio y Llamas, obispo de Puebla (1664); o que afirme que el marqués de Villena fue el primer virrey destituido, cuando lo precedieron Gastón de Peralta, marqués de Falces; Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique, y Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves. ¹⁷⁴

En cierta medida, mediante el contexto histórico novohispano que describe Troncarelli, intenta justificar la necesidad de un personaje como don Guillén, al que considera una especie de iluminado o salvador, como Gregorio López.

Pese a estos deslices, la obra de Troncarelli tiene indiscutibles méritos, entre los que se destacan principalmente cuatro: el primero, la retranscripción, relectura y reinterpretación de las fuentes ya utilizadas por otros desde una óptica novedosa, así como la puesta en juego de documentos poco estudiados o desconocidos, como el expediente del Fondo Conway del ITESM consultado solo por Méndez Plancarte, y otros provenientes de bibliotecas y archivos tanto europeos como americanos. El segundo, las retadoras preguntas que

se hace y las audaces pero verosímiles hipótesis y conexiones que establece entre personajes, situaciones y hechos. El tercero, la minuciosidad y exhaustividad de su investigación y el trabajo detectivesco desplegado para dar con la fuente o el dato necesario para reconstruir una historia llena de lagunas y contradicciones. Y el cuarto, el más interesante desde el punto de vista literario y que es el que hace el parte aguas en la historiografía sobre don Guillén: la habilidad narrativa para entrelazar la historia con la ficción, que ubica la obra en el terreno de la historia novelada, semejante —con la debida distancia— a la de González Obregón.

Al igual que en los casos de Riva Palacio, González Obregón y Meza, son muchas las estrategias narrativas que utiliza Troncarelli para persuadir al lector de su propuesta; aquí solo se esbozan algunas de las más importantes, encaminadas a influir y orientar la opinión del lector. La principal, y de la que en cierta forma se derivan las demás —también usadas por los autores antes estudiados—, es que el narrador sea omnisciente y, por lo tanto, asuma que a partir de la información extraída de los documentos es válido recrear lo que pensaban o sentían los personajes históricos o «colorear» una escena, un paisaje o un retrato con la imaginación y la adjetivación:

Felipe IV, pese a no tener la valentía de Olivares, tenía buena memoria y era rencoroso. Como un escorpión, había que esperar para atacar de improviso cada vez que le obligaran a retroceder. El rey acababa de defender a los inquisidores de un ataque frontal por miedo que el ataque se extendiera a toda la inquisición, pero todo el mundo sabía que el proceso de Lombardo dependía únicamente del enojo, de la rabia de los inquisidores de Nueva España y que, el primer paso en falso, el rey se volvería contra ellos.¹⁷⁵

Comentar y juzgar los hechos y los sucesos, o los dichos y las acciones de los personajes, generalmente mediante la ironía o el sarcasmo: «Villena era primo del Duque de Bragança, que había tenido el mal gusto de rebelarse contra España y, posteriormente, de proclamarse rey de Portugal».¹⁷⁶ «Le arrancaron a media voz, no sin presionarle,

que su hermano siempre había sido un inquieto y que siempre le había acarreado problemas. *Aquellos jueces tan honestos* resaltaron este único juicio moral, como si se tratara de una prueba de cargo».¹⁷⁷

O sugerir como verdadero lo que solo es verosímil, al intercalar afirmaciones contundentes en pasajes donde se combinan hechos históricos e hipótesis:

Evidentemente el obispo de Puebla disimuló esta idea entre una cascada de alabanzas a la gloria de la corona española, de la que exaltaba su papel providencial. Sin embargo, pese las apariencias, las alusiones a la mala gestión, al despotismo de los funcionarios reales y a la posible debilidad del rey eran frecuentes.¹⁷⁸

Mediante una más se proponen hipótesis verosímiles, ya sea de hechos o de conexiones entre personajes y sucesos: como cuando el autor sospecha que la misteriosa mujer con la que supuestamente estaba don Guillén la noche que lo apresaron era la esposa del virrey de Cadereyta, que el secretario de Palafox estaba implicado en el complot,¹⁷⁹ y que Antonio Turcios podría ser pariente de «Antonia de Turcios, cortejada por Don Guillén»,¹⁸⁰ pero no hay evidencia, de modo que aunque no hay seguridad de que fuera así, *podría haberlo sido*.

Derivada de la anterior, una estrategia más consiste en desarrollar una historia a partir de una primera hipótesis verosímil, construyendo sobre ella un castillo de hipótesis secundarias que, para ser verdaderas, requieren de la condición de que la primera premisa lo sea; por ejemplo, al contar sobre las tertulias que se llevaron a cabo en la nave que traía a don Guillén a la Nueva España, Troncarelli habla de que hubo un concurso poético en el que se presentaron «versos mediocres, serviles y melifluos, pero de perfecta métrica», entre los que se destacó «como una estrella solitaria, un soneto barroco y oscuro, pero lleno de pasión, sobre la generosidad de los amantes» y, aunque admite que literariamente es defectuoso, lo atribuye a haber sido escrito por «alguien que se expresa en lengua extranjera» que posee «la grandeza de espíritu de un bardo celta que se enamora locamente de la poesía de Góngora y de Quevedo»,

es decir, supone que era «una obra de Don Guillén».¹⁸¹ Son muchas las condiciones que se tendrían que cumplir para llegar de la premisa inicial a la conclusión. He aquí otros ejemplos:

Cuando Palafox todavía era virrey, se encontró con Lombardo para pedirle consejo sobre la organización de las tropas. En adelante, no se volverán a ver y ante el público simularán que no se conocen. Lombardo intentará rehabilitarse ante los ojos de la opinión pública que veía en él al culpable de haber denunciado al marqués de Villena y al responsable de su caída, aunque tras las maniobras del irlandés se puede apreciar la influencia del obispo de Puebla y que, como ya había ocurrido con el relato anónimo sobre el mal gobierno de Villena, ambos se siguieran el juego fingieron no conocer el complot.¹⁸²

¿cómo podía atreverse un hombre tan joven a dar consejos al hermano del rey de España, rodeado de ilustres representantes de la nobleza y oficiales de carrera? [...] Pese a las apariencias, este episodio no es tan inverosímil como parece. [...] El joven irlandés pudo tomar la palabra durante una reunión improvisada y febril, apenas acabado el combate, al lado de dos de sus maestros que le conocían bien y nobles irlandeses que luchaban a su lado, mezclado con un grupo de oficiales, sacerdotes y familiares de un príncipe que ignoraba los asuntos de la guerra, pero que estaba seguramente dispuesto a oír a cualquiera que tuviera alguna idea sobre la cuestión.¹⁸³

Una estrategia más es ofrecer salidas completamente imaginarias a incógnitas históricas, como cuando al tratar de explicar por qué doña Inés llamaba afectuosamente a Don Guillén «lis», de entre todas las hipótesis posibles, escoge decir que «quizá porque tenía un corazón puro».¹⁸⁴

A partir de lo dicho hasta aquí resulta evidente que Troncarelli le cuenta al lector *una historia* y no necesariamente lo sucedido históricamente, y de hecho así lo advierte al inicio del libro aunque el lector lo olvide después: «La historia que vamos a contar es la de un rey de invierno que no pudo llegar a la primavera».¹⁸⁵ Si bien

es cierto que el discurso está cimentado en información histórica documentada, se entretelen hábilmente en él, a veces con un zurdido tan invisible que sorprende, hipótesis verosímiles y ficción, dando como resultado una trama novelesca llena de suspenso, peligro, drama, enredos, intrigas, secretos, espionaje, traiciones, injusticias, heroísmo, conjuras, persecuciones, rebeliones, guerras, confinamiento, fugas, castigos y muerte, relatados en un estilo tan desenfadado como apasionado, que atrapa al lector y acaba por persuadirlo tanto de la heroicidad de Lampart como de que fue víctima de una injusticia histórica, iniciándose así una nueva faceta de su mitificación a la que se han sumado todos los autores posteriores.

Sin embargo, si la obra se lee con atención, la verdadera propuesta del autor no es que las cosas sucedieron como él las cuenta, sino que así pudieron haber sucedido... si todas las circunstancias, personajes y sucesos de los que habla hubieran ocurrido y coincidido tal como él los dispone, por lo que, al igual que todas las que la preceden —ya sean novelas históricas o historias noveladas—, hay que tomarla con las reservas del caso.

Miembro de una red de espías irlandeses en Nueva España (Natalia Silva, 2009)

Natalia Silva sigue de cerca a Troncarelli afiliándose a la postura de que don Guillén no fue un impostor, sino que ese calificativo, aceptado por escritores posteriores, está presente en los documentos del expediente y es fruto de la molestia de los inquisidores por la actitud y críticas del reo.¹⁸⁶

Silva solo toca de lado el caso de don Guillén, pues su interés se centra en demostrar la existencia de una red de irlandeses en la Nueva España, y para ello analiza, a partir de un discurso más o menos objetivo, el caso de Diego de la Cruz o Nugent, franciscano de la provincia de san Jorge de Nicaragua, denunciado a la Inquisición por hablar bien de su compatriota, ya muerto para entonces.¹⁸⁷ Cotejando los «discursos de vida» de ambos, encuentra una conexión entre ellos y con la mencionada red: Gilbert Nugent, un probable pariente en común, quien según el investigador italiano

«había sido encargado de una misión secreta, la de la rebelión de los nobles irlandeses contra Inglaterra».¹⁸⁸

A partir de esta idea atribuye la inconsistencia de la información sobre el viaje de don Guillen a la Nueva España «al sistema de espionaje vigente en la época», que «suponía la utilización de personajes cercanos a la Corte que arribaban de forma anónima a las posesiones españolas» para enviar noticias «al Consejo de Indias o al monarca». La autora encuentra pistas para sustentar esta hipótesis en las declaraciones de los hermanos Lampart:¹⁸⁹ la solicitud de don Guillén de que su hermano «ocultara su parentesco»; las diferentes versiones que el reo da sobre las razones de su traslado a América, una de ellas que vino «con ánimo de esperar que se cumplieran en Irlanda las capitulaciones que el dicho embajador [Gilbert Nugent] ofreció a su Majestad», y el hecho de que varios irlandeses pasaron a América en 1640,¹⁹⁰ y cuya presencia supone que «no era casual o parte de iniciativas individuales de exaltados aventureros», sino que estaba relacionada con «los procesos políticos que se vivían en Europa, y en especial en la comunidad de exiliados irlandeses en España», entre los cuales identifica a dos bandos: «los Old Irish, afectos a España» —el de los franciscanos—, y «los New Irish, afectos a Inglaterra» —el de los jesuitas.¹⁹¹

A diferencia de José Joaquín Blanco, y siguiendo la opinión de Troncarelli, Silva sostiene «que el caso Lampart no pasó desapercibido en su época»¹⁹² y las noticias «corrían por boca de todos», más allá del círculo de los involucrados, y que su fuga y la crítica a la Inquisición preocuparon a los irlandeses, muchos de ellos franciscanos, que conformaban esa red, tenían comunicación entre sí y discutían sobre política internacional.¹⁹³ Esta afirmación es interesante porque la autora parece vincular a don Guillén con los franciscanos, como su hermano y Diego de la Cruz, pero, en la declaración que transcribe González Obregón, él reconoce que se formó en colegios jesuitas y Meza habla también de ese vínculo.¹⁹⁴ La autora opina además que la filiación a esa red podía ser utilizada «para promover lealtades y deslealtades», y que la mención favorable de don Guillén, como le sucedió a Diego de la Cruz, podía «producir

reacciones» en causas políticas «como la de desplazar candidatos indeseables a cargos religiosos».¹⁹⁵ También sugiere que entre Diego de la Cruz y Lampart podría haber algo más que «un lazo de sangre» o una solidaridad patriótica: un «parentesco político o un nexo corporativo de tipo territorial».¹⁹⁶ Por último, un aspecto innovador —y peligroso académicamente— de este trabajo es que pone atención en un nuevo tipo de fuentes: los foros de internet y *blogs*, que divulgan información sin precisar su origen o veracidad, y en las cuales se están creando, al parecer, nuevas leyendas y mitos sobre don Guillén.¹⁹⁷

Un agente secreto internacional (Andrea Martínez Baracs, 2012)

La postura de Martínez Baracs coincide con la de Riva Palacio al considerar a don Guillén «justamente un precursor de la independencia de México»,¹⁹⁸ y, como la de él, la de González Obregón, la de Meza y la de Troncarelli, su versión del personaje no es imparcial, pues aunque pretende hacer historia, cae en la tentación de caracterizarlo mediante adjetivos y juicios de valor. Al igual que Silva, se suma a la postura de Troncarelli de que Lampart era lo que decía ser, atribuyendo a «la contaminación psicológica y moral de las mazmorras inquisitoriales» esa «pátina de fraudulentas» que tenían sus historias:

descontando las exageraciones retóricas, algunas mentirillas usuales en su tiempo y circunstancia, y un estilo febril que su cautiverio justifica de sobra, la información histórica concuerda y lo básico de su biografía es verdadero.¹⁹⁹

Como Méndez Plancarte, cree que era un hombre de buena fe, y como todos sus predecesores, hace propia la leyenda negra de la Inquisición novohispana,²⁰⁰ pero yéndose al otro extremo de quienes lo suponen impostor y un poco loco por los indicios que aportan los documentos, ella, siguiendo a Troncarelli, no cuestiona en ningún momento la cordura y sinceridad de don Guillén. Mientras que los demás autores trataron de construir una versión del personaje integrando las contradictorias piezas del rompecabezas de su vida y

temperamento, ella las asume como si fueran múltiples personalidades o hubiera muchos don Guillén:

soldado católico irlandés, fruto tardío de la Rebelión del Earl o conde de Tyrone (1593–1603); teólogo, astrólogo, gramático, matemático, maestro de retórica, poeta latino, cortesano e intrigante de la Pax hispánica, intrépido guerrero de los tercios de irlandeses en las guerras europeas de la Corona de España. Rebelde irlandés y mexicano y valiente y desdichado aventurero...²⁰¹

Martínez acepta la versión de Troncarelli de que aunque la Inquisición no le creyó,²⁰² Lampart era un «espía»,²⁰³ experto en política internacional a las órdenes de Felipe IV y el conde duque de Olivares,²⁰⁴ encargado «de los informes, rumores e intrigas en torno a posibles separatismos»; y entre estos informes secretos le atribuye, como el autor italiano, el que «originó la destitución de Villena». Su condición de espía justificaría, por tanto, la suplantación de identidades, la adopción de disfraces y la falsificación de documentos.²⁰⁵ Probablemente aludiendo a la «cifra» dada a conocer por Méndez Plancarte,²⁰⁶ Martínez afirma, de nuevo siguiendo a Troncarelli, que como espía Guillén tenía «canales propios de comunicación»,²⁰⁷ es decir, una escritura secreta que solo él, el rey y el conde duque podían descifrar, afirmación que otros autores consideraron solo un ardid.²⁰⁸

Martínez no resuelve la incógnita de por qué, si Lampart tenía amigos y protectores tan importantes, acabó en la Inquisición y murió olvidado, pues se contradice al proponer varias soluciones: por un lado, afirma que el derrumbe político del conde duque de Olivares facilitó su caída,²⁰⁹ por otro, que, calumniado por don Guillén, el marqués de Villena «juró venganza contra él y pudo estar así en el origen de su caída»;²¹⁰ más adelante afirma que «el motivo de su prendimiento fue impedir que sus informes secretos pasasen a Madrid», y agrega que «su principal impugnación era la Inquisición, y así esa institución lo capturó»;²¹¹ sin embargo, según los autores estudiados aquí, sus críticas al Santo Oficio se dieron *después* de su encarcelamiento, por lo que no pudieron haber sido la causa del mismo.

Por otro lado, sostiene que su denuncia se debió a un «error de tratar de hacer pasar una carta confidencial por medio de gente ligada a la Inquisición»,²¹² pero por otro que «El motivo verdadero de la captura de Guillén fue que, en la carta incautada, exponía al rey la lógica fraudulenta tras la persecución de los portugueses novohispanos», ratificada en uno de los pasquines;²¹³ sin embargo, según los autores previos, don Guillén no se entera de la situación de los portugueses hasta que estuvo prisionero. La autora se contradice cuando afirma que, en la prisión, Lampart se encontraba «sin apoyos ilusorios o verdaderos, totalmente solo», pero más adelante, que su fuga «pudo ser facilitada por algún gran personaje, tal vez gente al servicio de Palafox», como propone Troncarelli.²¹⁴

Otra de las facetas que resalta Martínez siguiendo al autor italiano es la de «revolucionario en dos reinos»,²¹⁵ refiriéndose a su supuesta participación en el movimiento separatista de Irlanda y en el intento de independencia de Nueva España, ambos, casualmente, fracasados. Para la etapa irlandesa, Martínez lo caracteriza como un «feroz guerrero gaélico»,²¹⁶ uno de los «gansos salvajes», retratado por Rubens en 1634,²¹⁷ un instrumento «en la fragua de esa importante rebelión, un O'Neill aún más internacional»,²¹⁸ parte del plan para convertir Irlanda en un protectorado de España,²¹⁹ probablemente coautor de la propuesta de anexión de Irlanda a España, y encargado de conseguir recursos para la causa con el rey español.

En cuanto a la etapa novohispana, considera sincera su «indignación por la injusticia social», lo califica de un «luchador social *avant la lettre*», de «caballero andante subido sobre el lomo del mundo», y opina que su idea de la igualdad social es precursora de la de José María Morelos,²²⁰ cuando esta idea ilustrada está presente en muchos otros pensadores previos; y contradiciendo lo anterior, no deja de considerar sus ambiciones un tanto egoístas, pues a cambio de la libertad de los novohispanos deseaba ser «su Rey y Príncipe». ²²¹ Martínez piensa que para don Guillén la liberación de España «se equiparaba a la de Irlanda» porque ambos tenían como trasfondo «el despojo del derecho antiguo de los naturales», aunque, como bien lo señala, esto entraña una contradicción, pues mientras que por

un lado quería anexas Irlanda a España, por el otro quería quitarle valiosos territorios.²²² Esto hace difícil de entender dónde estaba la lealtad de Lampart, lo cual la autora no aclara: a veces con Felipe IV, de quien se decía hermano bastardo, pero a veces contra él:

El príncipe bastardo, cansado de esperar un reconocimiento que debían facilitar sus hazañas militares, y sus brillantes credenciales académicas, idealista, inventa salvar una tierra, un reino, dándole el poder a esclavos e indios y una nueva Corona para sí mismo.²²³

Una más de las facetas de don Guillén que destaca Martínez es la de defensor de judíos; supone que la misión secreta que le encomendó el Conde Duque de Olivares «era proteger como fuera a esos financieros criptojudíos portugueses perseguidos por la Inquisición».²²⁴ Esta postura es interesante, primero, porque la Inquisición era una institución al servicio del Estado, es decir, del rey; y segundo, porque, efectivamente, ser judío u ocultar judíos era un delito de fe; entonces, si Lampart defendía judíos, era un hereje, y la Inquisición podía perseguirlo. La autora justifica esta declaración diciendo que «Guillén buscaba de buena fe que adoptase una política más inclusiva. Encontraba probablemente una similitud entre los judíos desterrados, que huían de las persecuciones, sin nación y acogidos a la merced de la monarquía española, y los irlandeses católicos, vasallos voluntarios de Felipe III y Felipe IV»;²²⁵ sin embargo, otros autores, basados en las mismas fuentes, señalan lo contrario: que don Guillén tenía una mala relación con los portugueses con quienes compartió la prisión.

En las declaraciones transcritas por González Obregón, al parecer Lampart solo les dirige la palabra para que le tuvieran confianza «y no le tuvieran por sospechoso en declarar sus culpas en el Tribunal y callarlas» y no los consideraba «merecedores de fe [confianza]»,²²⁶ y Meza recoge evidencias de esta misma actitud: «Recurriendo a un argumento racista, pretendió descalificar las denuncias de los criptojudíos alegando que provenían de gente de la que el mismo Jesús había desconfiado».²²⁷ Este autor señala,

además, que Lampart insistió que varias de las cosas que hizo o escribió eran solo un ardid que tenía por fin «provocar a los portugueses y conocer sus intenciones».²²⁸ Además, como ya se ha visto, asegura que fungió como soplón de los inquisidores para descubrirlos.²²⁹

Martínez sustenta la caracterización de Lampart como defensor de judíos en la relación que hace de sus sufrimientos; pero, como ella misma lo intuye, la defensa no tiene nada que ver con el hecho de que sean judíos, sino porque son «sus compañeros de cárcel».²³⁰ Es decir, sus críticas se dirigen contra los abusos de la Inquisición, sea quien fuera de quien abusase. Por último, Martínez Baracs considera a Lampart un teólogo,²³¹ incluso cuando Méndez Plancarte no se atrevió a decir tanto de él. Por todo lo anterior, la caracterización de don Guillén propuesta por Martínez Baracs, además de novelesca, es quizá la más contradictoria por intentar crear la imagen de un héroe moderno al que denomina con términos actuales como «agente secreto», «enviado secreto», «intrigante internacional» o, anacrónicamente, «agente de Amnistía Internacional».

A manera de epílogo

Después de este recorrido, resulta indudable que la figura histórica de don Guillén sigue atrayendo la curiosidad de investigadores y de literatos, y en los últimos años, a raíz de la publicación del libro de Troncarelli, aún más; solamente en el último año se han presentado en varios congresos comunicaciones sobre diferentes aspectos de su vida o su obra que anuncian investigaciones en curso. Además, se han defendido sobre el mismo tema varias tesis de grado y posgrado. En breve, el estado de la cuestión que aquí se propone necesitará ampliarse para incluir todos esos nuevos estudios y constatar si se dirigen hacia nuevos rumbos.

Por lo pronto, de las obras analizadas aquí, podemos concluir que todos los autores coinciden en sostener la leyenda negra sobre la Inquisición y culparla de las desdichas de Lampart, aunque los puntos de controversia siguen siendo prácticamente los mismos que se cuestionaron los inquisidores y calificadores y no es posible

visualizar que se resuelvan en el corto plazo. He aquí una síntesis de los rasgos más importantes del personaje donde se pueden observar las contradicciones que encierra:

- Miente: es un impostor (espía, caudillo, pícaro, guerrero, etcétera)/ Dice la verdad: es un héroe/mártir.
- Era un espía o incluso un doble agente/Era un megalómano.
- Estaba loco/ Se fingía loco/ Lo tildaron de loco.
- Era un heterodoxo/ Era ortodoxo.
- Defendió a los judíos/ Los espío y los acusó en beneficio propio.
- Quería independizar a la Nueva España/ Era una patraña para conseguir dinero de los ingenuos y hacerse el importante.
- Es precursor de la independencia/ solo lo es porque así lo han vendido algunos autores.
- Su historia se conoció/ No se supo de ella hasta la novela de Riva Palacio.
- Actuó solo/ Lo respaldaban personajes importantes y un proyecto político más ambicioso.
- Lo motivaban intereses egoístas/ Era sincero en sus ideas de libertad y bienestar para indios y negros.
- Cayó por sus propias mentiras/ Cayó porque cayeron sus protectores.

Muy pocos son los autores que se mantienen objetivos e imparciales y que intentan dejar a un lado expectativas, ideología, filiaciones o prejuicios. Lo que es evidente es que sus vicisitudes, el turbulento momento histórico que le tocó vivir y las incógnitas que lo rodean han favorecido que don Guillén pueda ser —igual que en su época— el abanderado de distintas causas e intereses, y por ello quienes han escrito sobre él toman partido y seleccionan de la gran cantidad de información disponible aquellos pasajes que sustenten sus hipótesis y desechen o desmerecen los que proponen lo contrario.

Como sucede también en el caso de sor Juana, la oscuridad histórica que lo rodea y, por lo tanto, la hasta ahora imposibilidad de establecer los límites precisos entre la verdad, la verosimilitud y la

ficción, los ubican en el ámbito de la leyenda y el mito, lo que ha possibilitado que sigan creciendo y desdoblándose para expresar los valores y necesidades de cada época. Quizá la gran diferencia entre estos dos personajes históricos y literarios sea que don Guillén de Lampart cumple con todas las condiciones para constituirse en mito: la multiplicidad de nombres, la oscuridad de su origen, la resolución de contrarios, la ambivalencia entre verdad y mentira que lo convirtieron en una máscara donde los ideales libertarios y las conspiraciones secretas se proyectan o actualizan.

Notas

1. J. J. Blanco: «Retratos con paisaje. Los misterios de don Guillén de Lampart» en *Nexos*, 2004.
2. En los documentos aparece indistintamente como Guillén o Guillermo de Lampart, Lamport, Lamporte, Lamparte o Lombardo. G. Méndez Plancarte propone que lo correcto es Lámporte: *Don Guillén de Lámport y su «Regio Salterio»* (Ms. Latino inédito de 1655), pp. 73–76. J. Meza se decide por Lamporte: *Los laberintos de la mentira. Guillén de Lamporte y la Inquisición*; A. Martínez por Lampart: *Don Guillén de Lampart, hijo de sus hazañas*; Fabio Troncarelli por Lombardo: *El mito del “Zorro” y la Inquisición en México. La aventura de Guillén Lombardo (1615–1659)*.
3. Como puede constatar en la bibliografía de este escrito, los últimos años muchos autores se han interesado en don Guillén de Lampart, aunque no todos han aportado elementos, por eso aquí nos referiremos solo a aquellos que creemos que de algún modo han marcado un hito en la evolución del proceso de mitificación.
4. Otros han andado este mismo camino, pero con intenciones diferentes: N. Silva Prada: «Orígenes de una leyenda en el siglo xvii: redes irlandesas de comunicación y propaganda política en los casos inquisitoriales novohispanos de Guillermo Lombardo y fray Diego de la Cruz» en *Signos históricos*; y la tesis de M. B. Vázquez Guillén: *Tras las huellas del Zorro de Wexford*.
5. Estos expedientes contienen los *Cuadernos* primero, segundo y tercero de la causa contra don Guillén de Lampart, y los *Cuadernos separados de los escritos que se hallaron a don Guillén*.
6. Eran los tomos 21 y 22 de esa colección. G. Méndez Plancarte: *Don Guillén de Lámport y su Regio Salterio*, p. 6.
7. El AGN resguarda otros documentos que no están incluidos en los volúmenes mencionados, y que ahora es fácil identificar con el catálogo en

línea del repositorio. Tal es el caso, por ejemplo, de los edictos emitidos para prohibir la lectura y posesión de los pasquines que don Guillén fijó en diferentes puntos de la ciudad durante su fuga en 1650: *Edicto Inquisitorial contra los libelos de don Guillen Lombardo, alias de Guzmán o Guillermo Lampart, de nación irlandés*. AGN, Indiferente virreinal, caja 1252, exp. 2, 28 ff.; *Edicto que da a conocer la noticia sobre unos escritos que don Guillen Lombardo, alias de Guzmán y de propio hombre de Guillermo Lampart de nación Irlandés, fijó en la puerta principal de la Santa Iglesia Catedral, imponiendo gravísimos crímenes y calumnias al recto proceder del Santo Oficio de la Inquisición, a sus ministros y al arzobispado. De esta forma exhortan a la población a que acudan al Santo Oficio y den noticia de estos escritos y su ubicación, sin romperles, ocultarlos o quemarlos por su propia voluntad y decir si saben de alguien que les tenga y oculte*. Indiferente virreinal, caja 0274, exp. 04, 64 ff.; *Edicto a través del cual exhorta a la población a acudir al Santo Oficio y den informes sobre don Guillen Lombardo, de nación Irlandés y Diego Pinto Bravo, acusado de quebrantar la Santa Fe Católica y los cuales se fugaron de la cárceles secretas del Santo Oficio*. Indiferente virreinal, caja 274, exp. 1, 23 ff., y *Edicto que ordena a todos y cualesquier personas que exhiban ante el Santo Oficio los escritos fijados en lugares públicos por don Guillén Lombardo y don Guillermo Lampart, por tratarse de calumnias dirigidas al Santo Oficio*. México, Edictos Inquisición, vol. 3, foja 76. Diversas cartas enviadas a España que tocan de manera directa o indirecta el asunto: *Cartas escritas al Consejo de Inquisición y de Indias que fueron en la Flota del año 1649: Don Guillén de Lampart*, 539. *Visita del virrey a los inquisidores*, 541. *Don Guillén*, 566. AGN, Inquisición, vol. 416, exp. 42. *Borradores de cartas que las más de ellas son para el consejo de Inquisición de los años 1643, 1646, 1647, 1650, 1653, 1656, que según parece están muchas copiadas en los libros. Al principio algunas cartas sin fechas, otras del año 1641 y 1644: Marqués de Villena*, 438. *Don Guillén de Lampart*, 434–466. AGN, Inquisición, vol. 416, exp. 38. Otros documentos sueltos fueron a parar a otros fondos, como el denominado Indiferente virreinal que resguarda papeles varios del período colonial: 1642. *Proceso contra Tomás Núñez de Peralta, vecino y mercader de esta ciudad y natural de la villa de Cobillán, por observante de la ley de moisés (a fojas 245, pide ser pasado al hospital por estar enfermo y su cárcel anegada. Conspiración de don Guillén*. México. AGN, Inquisición, vol. 395, exp. 5, 265 ff. 1651. *Traslado de la confesión de Diego de Pinto, complicado en la fuga de don Guillén Lombardo*. México, AGN, vol. 506, exp. 1, ff. 1–83. 1651. *Respuesta al virrey sobre los papeles que le envió don Guillén de Lampart, preso en la cárcel de la Inquisición de México*. Madrid, 31 de diciembre de 1651. AGN, Reales Cédulas Originales, vol. 4, exp. 60, ff. 141–142.

8. *Proceso de fe de Guillén Lombardo de Guzmán, alias «Guillermo Lampart» natural de Wexford (Irlanda) y vecino de México, por herejía, apostasía y*

fantoma. Fue relajado en auto general de fe el 19 de noviembre de 1659. AHM, Inquisición, 1731, exp. 53. *Carta del virrey conde de Alba de Aliste*, 1651 (La descripción del contenido de esta carta es extensa). AGI, México, 36, n. 54. Ambos documentos, que abarcan más de mil páginas, están digitalizados y pueden consultarse en el portal PARES. Andrea Martínez cita el expediente del AHNM aquí mencionado, pero Javier Meza cita otros: Inquisición 1729, exp. 5 y 1732, doc. 33.

9. En algún momento estos documentos debieron de haber sido sustraídos del expediente inquisitorial no se sabe cómo, y terminaron en manos de Lord Conway, quien los «donó, junto con su biblioteca y otros valiosos documentos, a la Biblioteca Cervantina del ITESM». A. Martínez Baracs: *Don Guillén de Lampart, hijo de sus hazañas*, p. 11.

10. Vicente Riva Palacio menciona las cartas a los reyes de Francia y Portugal, y al papa y «las cédulas, las cartas a los oidores, las disposiciones que debía publicar el gobierno» en *México a través de los siglos*, p. 607.

11. L. González Obregón: *D. Guillén, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII*, p. 77.

12. Reconstruyendo lo que Méndez Plancarte enlista en uno de los apéndices y en el índice de imágenes, es posible reconstruir el contenido de casi todo el legajo *Papeles de Guillén de Lampart* que se encuentra en el Fondo Conway del ITESM: ¿1642? Inventario de papeles que se hallaron en un baúl pequeño de Mechoacán, que al tiempo de la prisión se le cogió a don Guillén Lombardo de Guzmán, ff. 1r–22v. 1650. Una carta escrita a don Guillén por su hija doña Teresa, 16 de enero, f. 23r. 1650. Carta a don Guillén de su esposa doña Ana de Cano y Leiba, 18 de febrero, ff. 24r–25r. s/f. Canción (sin título) a Antandra, «En esta planta amena...», f. 28v. s/f. Memorial al rey, firmado por don Guillén, fechado en México, ff. 30r–38v. s/f. Proclama de Independencia..., ff. 40r–47v. 1642. Carta al rey de Francia, ff. 48 r y v. 1642. Carta al Papa, 30 de julio, ff. 49 r y v. 1642. Carta al Rey de Portugal, 30 de julio, ff. 56r–63v. (las cartas al rey de Portugal y al Papa están firmadas por D. Guillén d Austria). s/f. Cifra de don Guillén, f. 73. s/f. Sátira «A Sicilia le duele la cabeza...» f. 84. 1634. Testimonio de tonsura y órdenes menores de don Guillén, 16 de mayo, f. 87. s/f. «Letrero del Retrato del prodigioso joven don Guillén Lombardo de Guzmán...», por don Pedro Calderón. Incompleta en f. 88 r y v y completa en f. 142 r y v. s/f. Romancillo «Hechicera, Madre...», f. 139v. s/f. Horóscopo de don Sebastián Alfonso Carrillo trazado por don Guillén, f. 143. 1615. Testimonio de bautismo de don Guillén de Lámpart (25 de febrero), f. 147. s/f. Cuadernillo escrito por don Guillén «Para formar escuadrones sin dilación...», fols. 173–204. s/f. Romance octosílabo «Qué linda cara que tienes...», f. 201r. s/f. Romance octosílabo «Al son de una clara fuente...», f. 202v. s/f. «Información» de don Guillén, hecha en Madrid, ff. 205–245. Dice Méndez Plancarte que

«Hay una nota (probablemente de la Inquisición) que dice: "Es información fingida"». s/f. *Carmen Triumphale*, impreso, f. 247. 1651. Carta a Felipe IV, firmada, al virrey Conde de Alva de Aliste, de fecha 31 de diciembre, reprendiéndolo por haber entregado a la Inquisición los papeles de don Guillén. s/f. Escudo de armas en colores de don Guillén (Méndez Plancarte agrega que probablemente sea inventado). Méndez Plancarte no menciona la Propuesta al rey Felipe IV para la liberación de Irlanda... probablemente de 1639-1640, ff. 153r-154v., ni «un poder otorgado por los nobles irlandeses a Nugent, para negociar en su nombre el apoyo de la Corona de Castilla a la rebelión irlandesa, f. 160r. Ambos mencionados —y el primero transcrito— por A. Martínez Baracs en *op. cit.*, pp. 18 y 87-97. Al parecer los documentos del baúl fueron cosidos juntos, pero, quizá por error, se mezclaron con otros que se fueron integrando al proceso en fecha posterior, ya cuando don Guillén estaba preso.

13. G. Méndez Plancarte, *op. cit.*, p. 20.
14. En *México a través de los siglos*, tomo II, «Historia del virreinato» (1521-1807), p. 605-610, Riva Palacio resume el proceso contra don Guillén y transcribe algunos extractos.
15. Los libros III y IV son prácticamente la descripción novelada de lo que se relata en los documentos del proceso. Transcribe el texto de uno de los pasquines tomo II, pp. 182-188. Al final incluye un apéndice con la transcripción de la «Sentencia y ejecución de don Guillén de Lampart», tomo II, pp. 293-346.
16. González Obregón resume, parafrasea y transcribe prácticamente todo el proceso.
17. El autor da cuenta de otras fuentes que aclaran acontecimientos indirectos con el caso de don Guillén, la persecución de los portugueses en Nueva España que culminó con «el gran auto de fe» de 1649, así como de los resultados de la Visita que se realizó a la Inquisición de México por las denuncias de corrupción y negligencia. Capítulo XIII, «El auto grande», pp. 212-235; Capítulo XIII, «Resultados del auto grande», pp. 235-242; Capítulo XIV, «La visita», pp. 242-296; Capítulo XVI, «Los últimos condenados a la hoguera», pp. 296-342. En este último, la información sobre don Guillén se encuentra en las pp. 319-342.
18. *Libro primero del regio salterio de Guillermo Lombardo o Lampart, irlandés, de Wexford, rey de la América ceterior y emperador de los mexicanos, constituido por el altísimo dios de Israel hacedor de las cosas visibles e invisibles, el verbo encarnado, nuestro señor Jesucristo, señor de los cielos y del orbe de la tierra y sempiterno redentor del mundo...*, «Al Ilmo. Sr. Inquisidor General, y Consejo Supremo de la Santa y General Inquisición de España» (AGN, Fondo Riva Palacio, tomo 22, f. 281 r y v, a dos columnas (lo menciona en la p. 79 y lo reproduce íntegro en las pp. 133-139), el resto, provenientes del

- Fondo Conway, los reproduce en su propia obra: Canción a Antandra: «En esta planta amena...» pp. 81-82, Romance octosílabo: «Al son de una clara fuente...», pp. 83-83, Romance octosílabo: «Qué linda cara que tienes...», p. 84, Romancillo: «Hechicera, Madre» pp. 84-85, Sátira «A Sicilia le duele la cabeza», p. 86, «Letrero del retrato...», pp. 87-88 y *Carmen triumphale «a la llegada del eminentísimo y excelentísimo príncipe el señor don Gaspar de Borja, cardenal de la santa iglesia romana s/p*, la última imagen al final del libro, lo transcribe y traduce en las pp. 139-144. Méndez Plancarte duda de que la sátira sea de don Guillén, pues supone que pudo haber sido «uno de tantos pasquines anónimos contra el Conde Duque de Olivares», p. 87. Tampoco considera suyos los dos romances y el romancillo: «me inclino a creer que más bien se trata de florecillas anónimas nacidas en el bosque de la poesía popular española, destinadas al canto y recogidas por nuestro poeta durante sus juveniles andanzas amorosas», p. 85. En cambio, considera que puede ser suyo el «Letrero del retrato...» atribuido a don Pedro Calderón, pues duda de que el poeta español hubiera dedicado un panegírico tan hiperbólico a don Guillén, p. 89. El autor hace un recuento de las otras obras que el propio don Guillén dice que escribió, pero de las cuales no se han encontrado rastros: panegírico *Defensio Fidei, contra carolum Angliae regem et suam fidem*, de 1627, los panegíricos *Laudes Comitis Ducis* y *Las hazañas del mayor monarca Felipe IV*, probablemente de 1631 o 1632; el discurso sobre *La antipatía política de los dos privados*, el conde duque de Olivares y el cardenal Richelieu; un discurso de las lágrimas de la Magdalena dedicado a la condesa de Linares, y una relación de la muerte del Duque de Frislan, pp. 147-149.
19. En 1998, C. Bayardi publicó: «Tres salmos de Don Guillén de Lampart», traducido por Raúl Falcó, *Revista de Literatura*, pp. 205-216; y O. Isidro Vázquez da a conocer cinco himnos del *Regio Salterio*: «Himnos novohispanos del siglo XVII: *Regivm Salterivm Gvillielmi Lombardi*», tesis, 2011.
 20. El escudo elaborado por don Guillén, las cartas de Teresa y doña Ana de Cano, la *Propuesta al rey de España para la liberación de Irlanda* y la *Proclama por la liberación de la Nueva España...*, así como otros documentos relacionados con la causa de don Guillén, como el texto *Pregón de los justos juicios de Dios, que castigue a quien lo quitare* que es uno de los pasquines que don Guillén colocó en lugar público durante su fuga, y se encuentra en AGN, Inquisición, vol. 1497, exp. 1, f. 8; y *Comunicaciones de cárceles: don Guillén Lombardo de Guzmán alias Azucena* en AGN, Inquisición, vol. 1496, ff. 98-117, y la descripción del *Auto general de la fe...* de R. Ruiz de Zepeda.
 21. A. Martínez Baracs: *op. cit.*, pp. 87-138.
 22. C. Gutiérrez de Medina: *Viaje del virrey marqués de Villena*, editado por Manuel Romero de Terreros, 1947.
 23. T. IV, suplemento n. 5. «Relación sobre el gobierno del marques de Villena» y «El Venerable Señor D. Juan de Palafox y Mendoza. Obispo

de la Puebla de los Ángeles. Justificado en el tribunal de la razón por haber remitido a España y separado del virreinato de México al Exmo. S. D. Diego López Pacheco Duque de Escalona», contiene este opúsculo el nombramiento del virrey en el Duque de Escalona, la defensa que hizo su hijo el conde de Sancti-Estevan ante el rey Felipe IV y la repuesta a ella del señor Palafox, México, 1831.

24. T. I (1648–1654), pp. 143–144 y t. II, pp. 124–129.

25. *Auto general de la fe a que asistió presidiendo en nombre y representación de la Católica Majestad del rey nuestro señor don Felipe IV (que dios guarde) con singulares demostraciones de religiosa y cristiana piedad y ostentaciones de grandeza, su virrey gobernador y capitán general de esta Nueva España y presidente de la real audiencia y chancillería que en ella reside, el excelentísimo señor don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Albuquerque, marqués de Cuéllar y Cadereyta... Celebrado en la plaza mayor de la muy noble y muy leal ciudad de México, a 19 de noviembre de 1659 años, por los muy ilustres señores inquisidores apostólicos Dr. don Pedro de Medina Rico...* Con licencia, en México, en la imprenta del Secreto del Santo Oficio, por la viuda de Bernardo Calderón. Esta relación es mencionada por J. García Icazbalceta en *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, p. 458 y ss.

26. J. Toribio Medina: *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de México*, pp. 319–342.

27. Por ejemplo, Fabio Troncarelli, Andrea Martínez Baracs y Natalia Silva Prada, como veremos más adelante.

28. G. Méndez Plancarte: *op. cit.*, pp. 33–34.

29. José Joaquín Blanco comenta que esta obra «ha regido la visión oficial y social de nuestra historia antigua, hasta la fecha»: *Retratos con paisaje. Los misterios de don Guillén de Lampart*.

30. V. Riva Palacio: *México a través de los siglos*, t. II, «Historia del virreinato» (1521–1807), pp. 606–610.

31. Real Academia Española: *Diccionario de la lengua*.

32. Tanto Ortiz Monasterio (*Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, p. 283 y ss.) como Blanco («Los misterios de don Guillén de Lampart») han hecho una buena reseña del argumento de esta obra.

33. V. Riva Palacio: *Memorias de un impostor*, t. I, p. xv. J. Ortiz Monasterio ha analizado este tópico en las obras de Riva Palacio en *op. cit.*, p. 291 y ss.

34. V. Riva Palacio: *Memorias de un impostor*, tomo I, p. XIII.

35. G. G. Méndez Plancarte: *Don Guillén de Lámpart y su Regio Salterio*, p. 155.

36. José Joaquín Blanco interpreta esta sociedad secreta como «una exótica masonería pro-independentista de la que tampoco hay fuentes y que suena a un episodio más bien anacrónico, del tipo de “los guadalupes”, que solo ocurriría hasta principios del siglo XIX, con ribetes románticos» en «Retratos con paisaje. Los misterios de don Guillén de Lampart».

37. Las dos últimas, en parte, sugeridas quizá, por las declaraciones de don Guillén sobre la conspiración con la que pretendía convertirse en virrey que supuestamente involucraba a varias personas.

38. V. Riva Palacio: *Memorias de un impostor*, t. I, p. x.

39. *Idem*, p. 61.

40. *Idem*, p. 131.

41. *Idem*, p. 132.

42. *Idem*, p. 104.

43. *Idem*, p. 126.

44. *Idem*, p. 60.

45. J. Ortiz Monasterio: *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, p. 283.

46. Algo similar sucede con el hacer participar en la conspiración de don Guillén a los indígenas a través del patrocinio del movimiento con el supuesto tesoro de Moctezuma, justificando la independencia como la restitución de la libertad que se perdió con la Conquista. *Idem*, p. 289 y ss.

47. «Reyes emperadores, cuenta la historia que ascendieron al solio por la voluntad de los pueblos y por el esfuerzo de su brazo, antes que por derechos de la sangre y de la herencia». V. Riva Palacio: *Memorias de un impostor*, t. I, p. 127.

48. *Idem*, p. 122.

49. *Idem*, p. 189.

50. *Idem*, p. 122.

51. *Idem*, p. 132.

52. «Todos aquellos hombres, con la faz sombría y las cejas tenazmente fruncidas, meditaban en las palabras de su jefe, y seguramente no había uno entre todos ellos que no le mirara con respeto, y que no comprendiera la salvaje energía del hombre que hablaba con tanto desprecio de la inquisición, y que jugaba en una partida tan desigual su vida, no designándose siquiera tomar la más insignificante precaución».

53. Fabio Troncarelli y Andrea Martínez Baracs.

54. *Idem*, p. 190.

55. *Idem*, p. 128.

56. *Idem*, p. 182.

57. J. T. Medina: *op. cit.*, pp. 319–342.

58. *Idem*, p. 319.

59. *Idem*, p. 324.

60. *Idem*, pp. 325–326.

61. Hay confusión en cuanto al título y el lugar de impresión. Luis González Obregón lo cita como *Injusticias históricas. Olvido del primero que concibió e intentó la independencia de México* en *op. cit.*, p. 232, aunque no anota la casa editora. Con este mismo nombre lo menciona María Bertha Vázquez,

quien afirma que «fue publicado por el periódico *El Universal*, septiembre de 1901») en *Tras las huellas del Zorro de Wexford*, tesis, p. 52, nota 52. Natalia Silva lo asienta como: Alberto Lombardo: *D. Guillén Lombardo. Estudio histórico*, México, Tipografía Económica, 1901, en «Orígenes de una leyenda en el siglo XVII». González Obregón señala que su autor «por desgracia no tuvo a la vista el proceso original, sino simplemente los extractos publicados en la obra *México a través de los siglos*, tomo II», *op. cit.*, p. 229, nota 1. Ni Javier Meza ni Andrea Martínez Baracs consignan esta obra.

62. L. González Obregón: *D. Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia*, p. 64.

63. *Idem*, p. 69.

64. *Idem*, p. 234.

65. *Idem*, p. 63: «Lo había oído, quizá, en la cocina del Real Palacio».

66. *Idem*, p. 227. Otro ejemplo en p. 68.

67. *Idem*, pp. 66–67.

68. *Idem*, pp. 65–66.

69. *Idem*, p. 66.

70. *Idem*, p. 67.

71. *Idem*, p. 68.

72. *Idem*, pp. 227–228.

73. *Idem*, pp. 232–235.

74. En 1919 el periodista Johnston McCulley publicó en *All-Story Weekly* el relato *La maldición de Capistrano* inspirándose en la novela de Riva Palacio, cuyo personaje, Diego de la Vega, da inicio a la leyenda de *El Zorro*.

75. L. González Obregón: *op. cit.*, p. 187 y G. Méndez Plancarte: *op. cit.*, p. 5.

76. G. Méndez Plancarte: *op. cit.*, pp. 19 y 34.

77. *Idem*, p. 96.

78. *Idem*, p. 97.

79. *Idem*, p. 8.

80. *Idem*, pp. 7 y 16.

81. *Idem*, pp. 19 y 33–34.

82. *Idem*, pp. 44 y 46.

83. *Idem*, pp. 40 y 42.

84. *Idem*, pp. 53, 55 y 58.

85. *Idem*, pp. 61 y ss.

86. V. Riva Palacio: *Memorias de un impostor*, capítulo «Los misterios de Urania», p. 119.

87. G. Méndez Plancarte: *op. cit.*, pp. 19 y 43.

88. *Idem*, 71–72.

89. *Idem*, pp. 77–78. Cabe aclarar que para el promedio de vida de su época, don Guillén no podía ser considerado un joven y quizá tampoco un inmaduro.

90. *Idem*, p. 34.

91. L. Meza: *op. cit.* El autor utiliza, por ejemplo, frases como «sin duda», «estaba claro», «es obvio», «por no perder la costumbre», «con su inveterada costumbre», etcétera, mediante las cuales quiere dar por demostradas sus ideas. Un ejemplo: «¡Por supuesto que no! Fray Juan se traiciono en su declaración», p. 37. En otros casos conjetura cosas: el que don Guillén dijera que vino a la Nueva España a cobrar un dinero que le debían a su mujer «ese era un pretexto de pícaro aventurero», p. 58. Utiliza adjetivos calificativos que desmerecen la objetividad: «el deslenguado pícaro», p. 66.

92. *Idem*, p. 264.

93. *Idem*, pp. 13, 206, 211 212.

94. *Idem*, p. 10.

95. *Idem*, pp. 41–46.

96. *Idem*, pp. 58, 66, 81, 162, 165.

97. *Idem*, p. 44.

98. *Idem*, pp. 127–128.

99. *Idem*, pp. 96 y 188, nota 37.

100. *Idem*, p. 100.

101. *Idem*, pp. 127–128.

102. Como Riva Palacio y González Obregón, admite que al principio la locura podía ser fingida, pero al final de su vida era real. *Idem*, pp. 40 y 262.

103. *Idem*, p. 38.

104. *Idem*, p. 138.

105. *Idem*, p. 120.

106. *Idem*, p. 68.

107. *Idem*, p. 176.

108. *Idem*, p. 57.

109. *Idem*, pp. 39, 40 y 76.

110. *Idem*, p. 44.

111. *Idem*, pp. 219, 222 y 258.

112. *Idem*, p. 81. Otros ejemplos pp. 100 y 210.

113. *Idem*, p. 100.

114. *Ibidem*.

115. *Idem*, p. 165.

116. *Idem*, pp. 180–181.

117. *Idem*, pp. 200, 201, y 234–235.

118. *Idem*, p. 209.

119. *Idem*, pp. 101 y 109.

120. *Idem*, pp. 63 y 70.

121. *Idem*, p. 259.

122. *Idem*, p. 57.

123. *Idem*, pp. 67, 162–163 y 205.

124. *Idem*, p. 96.

125. *Idem*, p. 37.
126. *Idem*, p. 264.
127. *Idem*, p. 255.
128. J. Meza: *op. cit.*, p. 154. «La escritura que lo dominaba, al mismo tiempo lo ayudaba sobrevivir en la terrible soledad carcelaria».
129. F. Troncarelli: *op. cit.*, p. 103, nota 6.
130. *Idem*, pp. 154–160. La pintura de Rubens *Retrato de un joven capitán* se encuentra en el Timken Museum of Art de San Diego, California.
131. Una obra significativa que ahonda en la relación de Lampart con el zorro es la de Gerard Ronan, «The Irish Zorro». *The Extraordinary adventures of William Lampart (1615–1659)*.
132. F. Troncarelli: *op. cit.*, p. 130.
133. *Idem*, p. 128.
134. *Idem*, p. 118.
135. *Idem*, p. 19.
136. *Idem*, pp. 124, 128.
137. *Idem*, p. 117.
138. *Idem*, pp. 130–131, 134 y 136–137.
139. *Idem*, p. 94.
140. *Idem*, p. 138.
141. *Idem*, p. 139.
142. *Idem*, p. 59.
143. *Idem*, pp. 115–116.
144. *Idem*, p. 116.
145. *Idem*, pp. 209–210.
146. *Idem*, p. 273, nota 30.
147. *Idem*, p. 10.
148. *Idem*, pp. 104–105 y 202.
149. *Idem*, pp. 9–10; 73–74 y 234.
150. *Idem*, p. 9. Las cursivas son nuestras.
151. *Idem*, p. 75.
152. *Idem*, p. 86.
153. *Idem*, p. 273.
154. *Idem*, pp. 48, 49.
155. *Idem*, pp. 281–282.
156. *Idem*, p. 260.
157. *Idem*, pp. 143–144.
158. *Idem*, p. 114.
159. *Idem*, pp. 177 y 129.
160. *Idem*, p. 272.
161. *Idem*, pp. 128–129.
162. *Idem*, p. 260.

163. *Idem*, p. 167.
164. *Idem*, p. 280.
165. *Idem*, p. 272.
166. *Idem*, p. 75.
167. *Idem*, p. 87.
168. *Idem*, p. 89.
169. *Idem*, p. 56.
170. *Idem*, pp. 54–55.
171. *Idem*, p. 53.
172. *Idem*, p. 82.
173. *Idem*, p. 203.
174. I. Rubio Mañé: *El virreinato I. Orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes*, p. 148.
175. *Idem*, p. 255.
176. *Idem*, p. 95. Las cursivas son nuestras.
177. *Idem*, 259. Las cursivas son nuestras.
178. *Idem*, p. 101.
179. *Idem*, pp. 117–118.
180. *Idem*, p. 250, nota 20.
181. *Idem*, p. 17.
182. *Idem*, p. 105.
183. *Idem*, p. 149.
184. *Idem*, p. 92.
185. *Idem*, p. 9.
186. N. Silva: *op. cit.*, p. 15.
187. *Idem*, p. 22. Señala que aunque Troncarelli habla de él no cita sus fuentes. *Idem*, p. 16.
188. *Idem*, p. 20.
189. Asegura que el hermano de don Guillén «pecó por imprecisión», que sus declaraciones se contradicen, y que se percibe «una fuerte rivalidad» entre ambos en torno al tema «de los estudios». *Idem*, pp. 16, 18.
190. *Idem*, pp. 24–25.
191. *Idem*, pp. 26–27.
192. S. Prada: *op. cit.*, p. 39.
193. Siguiendo a Troncarelli, enlista como parte de esa red a «Diego Nugencio, Juan Lombardo, Diego de la Concepción, Miguel de Santa María, Thomas Gage, Tomás de León y el mismo Guillermo Lombardo». *Idem*, p. 39.
194. L. González Obregón: *op. cit.*, p. 101. J. Meza señala lo mismo: *op. cit.*, pp. 127–128.
195. S. Prada: *op. cit.*, p. 39.
196. *Idem*, pp. 40–41.
197. *Idem*, p. 26.

198. *Idem*, p. 40.
 199. *Idem*, p. 75.
 200. *Idem*, pp. 18–19.
 201. *Idem*, p. 23.
 202. *Idem*, p. 39.
 203. *Idem*, p. 26, 40 y 29.
 204. *Idem*, pp. 25 y 38.
 205. *Idem*, pp. 39–40.
 206. G. Méndez Plancarte: *op. cit.*, en el anexo de imágenes, s/n.
 207. A. Martínez Baracs: *op. cit.*, p. 26.
 208. J. Meza González: *op. cit.*, pp. 180–181.
 209. A. Martínez Baracs: *op. cit.* p. 25.
 210. *Idem*, p. 26.
 211. *Idem*, p. 36.
 212. *Idem*, p. 26.
 213. *Idem*, p. 29.
 214. *Idem*, p. 37.
 215. *Idem*, p. 82.
 216. *Idem*, p. 46.
 217. *Idem*, p. 82. La autora toma como verdad lo que Troncarelli presenta como una conjetura.
 218. *Idem*, pp. 72–73.
 219. *Idem*, pp. 68–69.20
 220. *Idem*, pp. 40, 48 y 47.
 221. *Idem*, p. 46.
 222. *Idem*, p. 73–74.
 223. *Idem*, p. 40.
 224. *Idem*, pp. 25–26.
 225. *Idem*, p. 67.
 226. L. González Obregón: *op. cit.*, pp. 121, 136–137.
 227. J. Meza González: *op. cit.*, p. 123.
 228. *Idem*, pp. 83 y 123.
 229. *Idem*, pp. 83.
 230. A. Martínez Baracs: *op. cit.*, p. 57.
 231. *Idem*, pp. 36 y 62.

Referencias

- ALBERRO, Solange: *Inquisición y sociedad en México 1771–1700*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
 BAYARDI Landeros, Citlalli: «Tres salmos de Don Guillén de Lampart» (traducido por Raúl Falcó) en *Revista de Literatura*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
 BLANCO, José Joaquín: «Retratos con paisaje. Los misterios de don Guillén de Lampart» en *Nexos*, 2004, <http://www.nexos.com.mx/?p=11356> y <http://www.nexos.com.mx/?p=11336>.
 _____: «Los misterios de don Guillén de Lampart» en *Revista Sociedad latinoamericana*, 2010, <http://sociedadlatinoamericana.blgoo.com/content/view/810097/Los-misterios-de-don-Guillen-de-Lampart.html>.
 BURCIAGA Campos, José Arturo: *Vicente Riva Palacio. Contra la Inquisición novohispana. Un juicio literario en el siglo XIX*, Zacatecas, Taberna Libraria, 2013.
 ENRÍQUEZ Sánchez, Margarita: «Guillén de Lampart: ¿precursor de la independencia en México? Nueva España 1642» en *Contribuciones desde Coatepec*, *Revista Coatepec de la UAEM*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2012, http://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&src=s&source=web&cd=1&ved=0CCgQFjAA&url=http%3A%2F%2Frevistacoatepec.uaemex.mx%2Findex.php%2Fcontribuciones%2Farticle%2Fdownload%2F272%2F265&ei=BSZUU8vPBligyATH_IC4Dw&usg=AFQjCNEzMMBTilY4_WVlBtj5nVgt34big&bvm=bv.65058239,d.aWw.
 GARCÍA Icazbalceta, Joaquín: *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600, con biografías de autores y otras ilustraciones, precedido acerca de una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México por Joaquín García Icazbalceta, nueva edición, por Agustín Millares Carlo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1886:1954.
 GREENLEAF, Richard E.: *La inquisición en Nueva España. Siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
 GUIJO, Gregorio M.: *Diario 1648–1664*, México, Porrúa, 1986.
 GONZÁLEZ Obregón, Luis: *Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la independencia en el siglo XVIII*, París–México, Viuda de Bouret, 1908.
 ISIDRO Vázquez, Olivia: *Himnos novohispanos del siglo XVII: Regium Psalterii Guilielmi Lombardi*, tesis, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, http://oreon.dgbiblio.unam.mx/F/4M8AMIG8E57EV2I6PD9TC97CLXBSEY13C1IS8XS934R584G9S9-37510?func=full-set-set&set_number=730825&set_entry=000002&format=999
 LIZARDO Méndez, Gonzalo: *Memorias de un basilisco* (en prensa).
 MARTÍNEZ Baracs, Andrea: *Don Guillén de Lampart, hijo de sus hazañas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
 MÉNDEZ Plancarte, Gabriel (est., sel. y notas): *Don Guillén de Lampart y su Regio Salterio* (manuscrito latino inédito de 1655), México, Ábside, 1948.